

Edición Especial

Esta Infancia Mía

EUGENIA **T**IMES
Literatura/Guatemala

Diciembre 2020. Raleigh, Carolina del Norte
NARRATIVA/ POESÍA/ TEATRO/ AUTOBIOGRAFÍA/ HUMOR/ ENSAYO

ESTA INFANCIA MÍA

EUGENIA GALLARDO

2020

ESCRITOS EN MI IPHONE
PUBLICADOS EN FACEBOOK EN 2016, 2017, 2018 Y 2019

Literatura de Eugenia Gallardo, guatemalteca.
Cobán, Alta Verapaz, 1953.
Nominada Premio Nacional de Literatura
Miguel Ángel Asturias 2020

EUGENIA T IMES

DIGAMOS QUE ME LLAMABA FLORIPONDIA

PADRES

Ausente la madre, Floripondia creció con dos padres. No aprendió a cocinar ni a nostalgia la infancia con los olores de la cocina, pero desarrolló gusto por las colonias y desodorantes de hombre. En su chifoniere podían apreciarse, además de la parafernalia clásica femenina, la línea Old Spice, lociones after shave, etiquetas con bigotes y colores atabacados. Por lo demás, la criatura nació y creció coqueta, de gustos florales y recargados en la frontera de lo cursi, delicada, damita y quisquillosa. Información toda que venía en su ADN pues sus incursiones en el territorio de la mujerez fueron escasas y marginales.

Hoy Floripondia ya frisa los setenta. Su vida es serena, limpia de maridos y apacible. Pero un nuevo desodorante se le atraviesa en el camino. Sobre el sobrio fondo negro de la etiqueta se lee, en rojo: Bourbon and Cedar. Al estrenarlo percibe que, en efecto, el aroma tiene aires de cedro dulzón en la amargura reprimida de un buen vaso de whiskey. Acostumbrada a irse a la cama de punta en blanco por aquello de los temblores, se aplica el desodorante con el entusiasmo de lo nuevo, es decir, más que suficiente. Duerme profundamente pero se despierta con la inquietante sensación de la presencia de olor a sudor ajeno. Es sudor de hombre. Del tipo de olor que penetra en los tejidos que no han estado en contacto directo con la piel. Como en un saco o una corbata. Olor a caballero formal. Recupera el sueño con la reconfortante sensación de quien descansa en el mullido territorio de la ternura masculina.

POBRECITA HUERFANITA

Coro: pobrecita huermanita sin su padre sin su madre la echaremos a la calle a llorar su desventura desventurá desventurá callejón de la basura. Solo: cuando yo tenía mis padres me vestía de oro y plata pero ahora que no los tengo me visten de ojalata Coro: ojalatá ojalatá carretón de la basura. Siendo la huérfana me tocaba el Solo. Le agregaba dramatismo la-deando la cabeza y jugando nerviosamente con el ruedo del vesti-

EUGENIA T IMES

do. Feliz Día madre mía que estuviste poco tiempo pero me heredaste la frase mordaz y el sentido del humor. Me pusiste Eugenia quince años antes de traerme al mundo. Me soñaste y me trajiste. Quedo, como siempre, agradecida y triste.

DE CASA EN CASA

Cada casa era un lenguaje, una manera de poner la mesa, un ritmo de vivir, un ritual, una coreografía donde las gentes se movían sin tropiezos. Cada casa era una caja con su propia ley. Nunca más de un comandante en jefe, generalmente una mujer. Sin excepción, cada casa exhibía alguna forma de servidumbre. Era gente de categoría menor en el sistema de categorías donde no escapaba ni el bebé ni el abuelo. Cada caja casa definía las reglas en ese lenguaje particular que nosotros los intrusos debíamos aprender. Aprender a respetar las jerarquías para no ofender, aprender a seguir los movimientos en las áreas sociales para no estorbar, aprender a controlar los olores y sonidos en los espacios privados para no transgredir, aprenderse los rituales para encajar. Cada casa con su razón por encima de las demás razones. Y aprender a darles la razón en su lenguaje, la tarea interminable de nosotros los intrusos, los errantes de casa en casa.

LA PANDERETA

Cinco años. Pandereta de lata ilustrada con una niña que baila agitando las trenzas y tocando pandereta. En la pandereta de la ilustración hay una niña que toca pandereta en la cual, casi imperceptiblemente, se ve que está dibujada una niña que toca pandereta y que es casi un punto donde bien cabría otra niña tocando pandereta. El miedo de mirar fijamente algo que da miedo pensando cuántas niñas con panderetas hay ahí metidas y si no será que si se toca la pandereta cobran vida los dibujos y empiezan a salirse las bailadoras: de mayor a menor, de menor a pequeña, de pequeña a pequeñita, de pequeñita a casi invisible, de casi invisible a invisible, de invisible a "qué miedo que da la inmersión en el laberinto de las cosas interminables". Pesadillas despiertas de niña curiosa. Juegos de la mente sin miramientos de edad. Así se registró en la bitácora de mi

EUGENIA T IMES

sobrevivencia infantil, mi primer enfrentamiento lúcido con los placeres dolorosos, auto infringidos y ociosos.

PALABRAS

El sol que muere a lo lejos en los brazos de la tarde, el horizonte que arde con purpurinos reflejos... Al monte, al valle y al río, ¿en dónde está el amor mío? ¿En dónde está? pregunté. Monte y valle enmudecieron y como no respondieron, el río murmuró: yo sé... Era un viejo jardinero que cuidaba con esmero del vergel... Y era la rosa un tesoro de más quilates que el oro para él... A la orilla de la fuente, un caballero pasó... Rosa la más delicada... ¿Quién te llevó de la rama, que no estás en tu rosal?...

Me inyectaba y me inyectaba una y otra vez en el oído los versos de los pocos poemas que sabía de memoria... Modulaba la voz... Cuando el río murmuraba "no sé", la voz de ese que me inyectaba versos era casi inaudible... "El sol que muere a lo lejos..." lo inyectaba a la vera de la mar... "Al monte, al valle y al río..." en cualquier pedazo de naturaleza en donde brotara agua... Y se acordaba de "rosa la más delicada..." en los jardines de la ciudad, para inyectármela al oído. Al final, agregaba: fijate bien en lo que dicen, pero sobretodo en la forma en que lo dicen. Así fue. Así cultivó el amor a las palabras en mi corazón de niña. Y así honro su amor de padre. Escribiendo.

CIELO VIP

Al cielo se van los buenos. Pero nosotros los VIP nos vamos a un cielo que podemos diseñar a la medida. En el mío quiero encontrar a mi papá, a mi mamá, a mis dos abuelas, a mi tío Tomás y a mi primer amor. Todos vamos a tener cinco años y a jugar en un eterno recreo. Así mi papá no será un viejo muy alto que andaba siempre con la pena de qué hacer conmigo. Podré saber cómo era mi mamá y qué tal es para jugar. Imagino que mis dos abuelas no jugarán mucho con el resto y se sentarán en una gradita a platicar pues serán niñas de cinco años con sabiduría de viejas y las que tienen sabiduría de viejas no gustan de correr. Mi tío Tomás será tan alegre como lo conocí pero le podré jalar el pelo y hacerle cosquillas: jugaremos a que somos hermanos. Mi primer amor será el travieso maligno que le pondrá emoción a los

EUGENIA T IMES

emoción a los juegos: será como un yo en hombre, igual de inteligente pero menos buena gente. En ese recreo celestial de patios grandes, sol de las diez de la mañana y algunos gatos, no habrá monjas haciéndose las buenas ni maestras comiendo tostadas con guacamol. Será un magnífico territorio libre de adultos visitado ocasionalmente por Dios sólo para decirnos que qué lindos somos, llevarnos grapetes y plataninas y helados de sombrilla rojos. Le pediré que lleve a mi tío Beto y me dirá que está castigado porque se suicidó y Dios me caerá un poco mal pero ni modo. Los domingos los VIP visitaremos otros cielos especiales y el último miércoles de cada mes iremos al cielo normal donde el concierto de harpas nos confirmará del aburrimiento del que nos salvamos.

*

COBÁN Y MOLINAS

A MISA DE SEIS

Aleluya aleluya aleluya aleluya. A misa de seis semi oscuridad en el país de la llovizna pertinaz de la mano de la abuela en el país resbaladero de barro colorado y las mil cuestas empinadas con gradas en las aceras de tierra apelmazada y graderones en las aceras de cemento. A misa de seis a la vera del altar mayor en la primera banca. Kyrie eleison. En la semi oscuridad de la catedral casa de Dios con santos espantos, mártires semi desnudos, siete puñales en un pecho. Christie eleison. La abuela espantando indios con el poder de su arrogancia, con el mismo gesto y los mismos shhhhsss con que se espantaban a las gallinas en los patios. Sanctus sanctus sanctus. La aprendiz de arrogante jugando a derretir candelas. Ora pronobis. En el país de las dulces crueldades de las crueldades sin gritos ni aspavientos misa de seis entre semana a no entender el latín del cura ni los ruegos de ay tatita de los indios postrados frente al altar mayor entregando mazorcas y ataditos.

Mea culpa mea culpa mea gran culpa. A misa de seis en la penumbra en la danza de la luz de las candelas en la monótona declaración de enigmas del cura en la desgarradora súplica de una lengua extraña en boca de gentes amables con un ay dios alargado en suspiro. Amén amén amén. Así me embarraron de arrogancia las raíces.

EUGENIA T IMES

AGRADECIMIENTO

Por este medio agradezco a Doña Jesús Molina Oliva, madre de mi madre, el haberme heredado la capacidad de venganza sin culpa ni arrepentimiento. Dado en la Ciudad de Raleigh, capital del Estado de Carolina del Norte de los Estados Unidos de América a los veintinueve días del mes de noviembre del año 2018. Firmado por María Eugenia Gallardo Molina.

ZARATUSTRA

Trebejos por cosas, monigotes por peluches, volantines por cirqueros, húngaros por comerciantes, pirulí por chupete, alzar por guardar, pepenar por recoger, finado por difunto, sobretodo por abrigo, bordón por bastón, foco por linterna, cuelga por regalo. Así hablaba Zaratustra, quiero decir la Reina de Saba, quiero decir mi abuelita. Cobanera que se creía la gran cosa pero que decía taxis por un solo taxi y nadie se atrevía a corregirla.

SILLÓN PAPAL

De madera maciza. Con brazos. Rojiza. Barnizada. En el respaldo un grabado tosco imitando una hojas. Ancha y alta con dos peldaños. Puerta baja en el costado inferior izquierdo con aldaba rústica. Trono nocturno de mi abuela Chús a la par de su cama. La primera aparición de la Fina, todavía oscuro, era para retirar la bacínica. A mí me parecía confesionario sin casita.

MORITE YA

Morite ya, es alegre el Cementerio General en las noches. Desde que trajeron a la Alicia, mi hermana, a los nichos de enfrente, la pasamos alegres. Nos subimos hasta arriba y cantamos. Al rato viene la Oly; le queda un poco lejos porque quedó en panteón en la mera entrada. Dice que hasta que nosotras venimos era aburrido estar muerta porque los de panteones familiares casi no salen. Encima tiene a la par a los Ydígoras que como tienen presidente pusieron policía a cuidar día y noche.

EUGENIA T IMES

Que para que no se roben las lápidas porque es mármol y de todos modos solo las quiebran. Atrás contó que están unos de apellido Hess que nunca visitan a sus difuntos y ni siquiera dan mantenimiento. Pero ahora que estamos aquí la Oly se viene todas las noches y no le importa asustar al policía. La pasamos felices las tres primas, cantando hasta arriba del paredón de nichos. Venite Marta Irma, venite, morite ya, es re alegre. Lo más divertido es que a veces aparece tu abuela Chús a regañar. Que no es decente cantar de noche. Su nicho queda a la vuelta. Siempre se queja de que no se la llevaran a enterrar a Cobán. Mejor súbase, mama, y cantemos: le dice la Oly ya sabés siempre atrevida, quién iba a pensar que se muriera primero. Venite, prima, venite luego. Cuando hay luna nos acordamos de los pinos en el estadio de Cobán, cuando nos empezábamos a enamorar. Venite ya, me decía la Ema. Nunca la había visto tan linda.

Relato de mi prima hermana Marta Irma Gruest Molina que ella titulaba "Oigan el Sueño más Lindo que he Tenido en la Vida". La visitante en el sueño, Ema Molina. Los otros personajes: Alicia Molina, hermana de Ema. Chús, Jesús Molina Oliva, mi abuelita. La Oly, Olivia Molina, mi mamá. El presidente (1958-1963) Miguel Ydígoras Fuentes. Un policía sin nombre.

LA CHIQUI

Un chubasco azotó la ciudad. En los hogares de la parentela se repitió el "santo Dios, santo fuerte" aderezado con algunos putazos cuando el rayo caía cerca. Se habló de aguas con tortilla quemada, de limón partido en cruz con ceniza, de refundir a los muchachitos, de encender las candelas de las viejas primeras comuniones y de encomendar las almas, no fuera a ser...

Y después de la tempestad no vino la calma porque esas cielos laberínticos, escandalosos y mojados dejan los ánimos en clave de queja. De lo que pasó y, sobretodo, de lo que pudo pasar, había mucho de qué hablar, exagerar y lloriquear mientras se exprimían los trapos que habían protegido los entresijos y se vaciaban los recipientes de diversas estaturas que habían lidiado con las goteras. En todas las casas de la parentela menos en la casa de la Chiqui. Ahí se vivió la tormenta invocando alegremente a San Judas Tadeo, el de las causas difíciles y los milagros caprichosos. Y el Santo cumplió arrancando una lámina en la

EUGENIA T IMES

zona 5 y colocándola suavemente en el patio del chaletito de la zona 11. La lámina que la Chiqui necesitaba para terminar la galería de la coneja o, lo que pomposamente denominaba, su casa de campo, pues ésta se mantenía principalmente adentro de la casa.

La coneja era una bestia que casi no se podía mover de gorda pero que se las ingeniaba para subirse a la cama a ver la novela. La Coneja era el apelativo que la diferenciaba de los otros cuatro conejos y conejas que tenían nombre pero no su cuerpo suntuoso, ni sus humanas costumbres, ni su presencia señorial que opacaba incluso a dos perritos colochos y simpaticones y una gata mimosa y juvenil. Porque si ella no estaba viendo la novela de las ocho, recibía a las visitas poniendo serena pero concentrada atención a las pláticas. En los momentos de risas agachaba una oreja, paraba la otra y no movía la nariz. Cuando la Chiqui empezó a contar que La Coneja miraba su novela la parentela hizo el mismo gesto de sonrisita y ojos tiesos con los que reaccionaba a las rarezas de la Chiqui. En una familia donde todos somos raros, las rarezas de la Chiqui tenían un cierto sabor a pelado de cables. Pero en el caso que nos ocupa se podía comprobar la veracidad del gusto telenoveleros de La Coneja: al observarla durante toda la hora, era evidente que se aburría en los anuncios.

En conclusión, todos la tratábamos con deferencia (a La Coneja, no a la Chiqui). En contraste del resto de conejos, de los dos perros y de la gata, La Coneja era parda. El resto, blancos o blancuzcos, eran sometidos al procedimiento de cambio de color cuando a la Chiqui le llegaba la fiebre artística y disponía que necesitaba vivir con un determinado color, digamos verde menta. Con colorante de pasteles bañaba a las mascotas. Pintura verde menta en las paredes y en los muebles de madera. Accesorios como cojines, toallas, cubrecamas y sacudidores se ponían de verde menta. Flores blancas puestas en agua verde menta se coloreaban solas después de un rato. A la inauguración del cambio de color invitaba a los cercanos con quienes no tuviera pleito reciente (otra característica del clan familiar es amarnos y odiarnos por temporadas). Le celebrábamos lo linda que se miraba la casa verde menta con verde menta con verde menta y nos cuidábamos de no tocar a las mascotas pues el colorante natural destiñe al contacto. Yo me dedicaba a mimar a La Coneja parda que ahora que lo pienso tenía un poco de gata, un poco de perra, un poco de coneja y mucho de la Chiqui.

EUGENIA TIMES

ENRIQUE

Tenía 12 años y estaba de vacaciones en Cobán. Era domingo y veníamos caminando con mi prima Violeta (unos dos años mayor) desde su casa en dirección a la catedral. Eran tal vez las siete u ocho de la mañana. Tal vez íbamos a misa. Oímos que atrás venía un carro a toda velocidad en aquellos lodazales. Nos hicimos a la orilla y vimos pasar un jeep. Iba manejando Paco, tío de mi mamá. Su expresión era rarísima. A la par Enrique, su hijo, con la cara golpeada. Su expresión aún más descompuesta. No nos dio tiempo de saludar ni ellos nos vieron. Con los ojos pegados en el camino y el jeep dando saltos y resbalones, siguieron rumbo al centro. Unas horas más tarde nos enteramos de la noticia. Enrique había matado a Olguita, su esposa. Cuando los vimos pasar era porque su papá lo iba a entregar a las autoridades. La versión de los hechos, según dijeron que había contado Paco: en la finca donde vivían se habían acostado tarde porque había fiesta. Paco oyó que Olguita y Quique estaban discutiendo en su dormitorio. Los niños ya estaban durmiendo. Se oyó un disparo y Paco corrió al cuarto. Encontró a Olga muerta en la cama y a Quique gritando y pegándose la cabeza contra la pared. Luego trató de dispararse pero Paco lo contuvo. Entonces Quique salió corriendo en dirección al río. Los niños se despertaron. Paco le dijo a las nanas que no los dejaran entrar al cuarto y siguió a Quique. Logró sacarlo del río donde se estaba ahogando y luego lo convenció de que se entregara y se lo llevó en el jeep desde la finca hasta Cobán donde ya quedó preso. Paco dijo que pensaba que ahí ya no se podía suicidar. Nosotras los vimos pasar, le dije a mi abuelita. Casi inmediatamente vinieron los comentarios. En eso ya no puedo recordar quién dijo qué. En resumen: que Quique era celoso porque su esposa era la mujer más linda de Cobán. Que a Quique por violento un mozo le metió un machetazo en la cara y que por eso tenía esa cicatriz en el cachete. Que qué lástima porque en general era un hombre bueno. Que qué iba a pasar con los niños.

La imagen que vi pasar de Quique era tan distante de lo que yo conocía: guapo, cariñoso y dulce paseaba del brazo de Olguita por el centro de Cobán. Ella era para mí más bella que las más bellas del cine. Saludaba acariciándole a uno el pelo y sonriendo con sus enormes ojos claros. Su hijo Allan era como de mi edad y me gustaba mucho pero no me hablaba. Se les veía poco

EUGENIA T IMES

porque vivían en una finca. Pero cuando se les veía se les veía: parecían sacados de un cuento de película.

Por coincidencia o sincronicidad hoy que se habla de la violencia de género encontré este documento cuyo fragmento transcribo a continuación y que me motivó a escribir ese breve testimonio. Testimonio de cómo viví una tragedia familiar. De lo que realmente ocurrió me declaro ignorante. Relato lo que viví y oí y desde esa limitada ventana hablo. En la Gaceta de los Tribunales, Primer Semestre 1968, página 270 dice:

“CRIMINAL

Proceso instruido contra Carlos Enrique Molina Gruet por el delito de parricidio...

...ANTECEDENTES:

El proceso se inició en el Juzgado de Paz de Cobán, Alta Verapaz, el siete de noviembre de mil novecientos sesenta y cinco, al que se presentó Carlos Molina Gruet, exponiendo verbalmente que "en la finca San Isidro de esta jurisdicción y que es de su propiedad, con una escuadra calibre veinticinco, cuya marca no recuerda le hizo un disparo a su esposa Olga Thomae Chon de Molina, habiendo ésta caído en su cama cuando iban a acostarse, siendo poco más o menos las veintitrés horas del día sábado seis de los corrientes para amanecer siete"; dijo además que trató de privarse de la vida con la misma arma, pero nada le ocurrió, por lo que salió de su casa en la finca, lanzándose a la "quebrada Seguib" que pasa a inmediaciones del casco de la finca, "pero reaccionando mejor dispuso venirse a esta ciudad a presentarse ante las, autoridades respectivas para que conocieran del hecho". Ratificó el parte, y agregó que el día en que ocurrió el hecho celebraban el cumpleaños de su esposa por lo que tomaron aguardiente hasta que dispusieron ir a dormir, por lo que se dirigieron a su habitación, "que en momentos en que como dijo se disponían a acostarse estando su señora en ropa de cama y el dicente se preparaba a desvestirse, sacó como de costumbre la escuadra calibre veinticinco que acostumbra tener para ponerla en la mesa de noche; que en esos momentos por el estado de nervios en que se encontraba debido a la bebida, no sabe cómo se le fue un tiro y al momento vio caer a su esposa Olga Elena en la cama".

Del informe médico legal de la autopsia practicada y de la ampliación del mismo, se establece que la occisa presentaba dos orificios de entrada de bala; uno en el ala derecha de la nariz

EUGENIA T IMES

con salida en la región mastoidea izquierda, y otro en la región occipital sin orificio de salida. Constan en autos certificaciones de la partida de defunción de Olga Elena Thomae Chon de Molina, y la del matrimonio de la ofendida con el ofensor.

El veintidós de diciembre de mil novecientos sesenta y seis, el Juez de Primera Instancia de Alta Verapaz dictó sentencia por la que condenó a Carlos Enrique Molina Gruest como autor del delito de parricidio y le impuso la pena de veinte años de prisión correccional." Fin del fragmento.

Conocí Pavón visitando a Quique con la Ena Ponce y mi tía Chita. No recuerdo el año.

EL TELEGRAFISTA

Jesús Molina Oliva¹ amó a un telegrafista de Salamá. No vivieron juntos. Sus tres hijos resultaron de las esporádicas visitas a Cobán del telegrafista Alfredo Girón² a la costurera Doña Chús. Carlos Humberto³, Amalia Celina⁴ y Olivia Aminta⁵ se apellidaron legalmente Molina. Cuando Carlos Humberto inició su exitosa carrera de comerciante le reclamó a la madre la ausencia de apellido paterno y se auto proclamó Carlos Humberto Girón Molina, nombre que imprimió en almanaques, agendas y plumas Parker con los que la Tienda El Sagrado Corazón agradaba a clientes y proveedores.

El reclamo se basó en que Jesús Molina Oliva recibió oferta de matrimonio y de reconocimiento de sus menores pero ya crecidos hijos por parte de Don Alfredo en circunstancias en que era perseguido por la ley por haber embarazado a una menor. Recovecos de la aplicación de la ley: si era hombre de familia no aplicaba ni cárcel ni matrimonio forzado. La Chucita se negó con un ahora sí verdad pero ya para qué pagá los elotes que te comiste bueno estuvo sinvergüenza no te me volvás a aparecer por aquí de todos modos sola he salido adelante. Hombres.

Del personaje solo quedó una foto tamaño cédula donde luce cultivado bigote, finas facciones y mirada tierna bajo cejas pobladas. Quedó la rabia de Humberto, la indiferencia de Amalia y Olivia, este relato, y mi curiosidad por ese abuelo materno que no pudo ser, en contraste con el abuelo paterno⁶ que fue un señorón con historias tamaño libro de grosor suficiente para lucir lomo.

EUGENIA T IMES

Footnotes necrófilas:

1. Jesús Molina murió de cáncer de estómago en el Hospital Roosevelt a los 83 años.
2. De Alfredo Girón se desconocen las circunstancias de su muerte.
3. Humberto Molina murió ahorcado (se supone por mano propia) en Cobán en 1965.
4. Amalia Molina murió a los 83 años de cáncer de estómago en su casa de Kaminal Juyú I.
5. Olivia Molina murió de infarto en labor de parto en 1954.
6. Gregorio Gallardo murió en La Ciudad de Guatemala en 1920 en circunstancias misteriosas.

*

MI PAPÁ Y LOS GALLARDO

LA BUTACA

Butaca de auditorio tipo escritorio con paleta. Metálica. Pesada. Base lista para ser atornillada. Asiento y respaldar mullidos. Tonos naranjas y caramelos. Brazos rígidos forrados con formica. Mecanismo para subir y bajar el asiento. En esa silla prototipo que no llegó a un auditorio, que no sentó universitarios, que no presencié lecciones inaugurales ni graduaciones, murió mi papá. Un ahogo del que no lo pudo salvar la Carmen.

CALIXTÍO

Treinta y cinco años antes de hacer el amor con un cobanera para sembrar la semilla que habría de convertirse en la mujer de más noble corazón, el hijo menor del alcalde de Guazacapán madrugó a bañarse, envaselinarse y ponerse sus mejores pantalones cortos y su camisa más alegre, sus calcetines blancos hasta la rodilla y sus zapatos negros lustrados a nivel de espejo para salir a visitar de casa en casa por todo el pueblo.

Desacostumbrados a la visita formal y madrugadora de un niño solo, le preguntaban, cuando ya estaba sentado muy enseñorado con las piernas colgando:

EUGENIA T IMES

- ¡Qué milagro Calixtío! ¿A qué se debe el honor de tu visita?

- Es que es mi santo.

- ¡Ay qué pena, no sabíamos!

Y ahí se quedaba hasta que se inventaran un regalo que podía ser cualquier cosa. La mujer de más noble corazón y el que un día fue el niño de los regalos recordaban esta anécdota cuando enero llegaba al día doce.

MOTIVOS PARA FANTASEAR HIJACIDIO

No compartir su gusto por poner calendarios y almanaques por toda la casa, no disfrutar los conciertos de estudian-
tinas y decir que esas cuerditas me ponían los pelos de punta, no aceptar que Alicia Azurdia fuera la mujer más linda del mundo y decir que Regalito de Amor era una canción empalagosa, no poner atención cuando me enseñaba los nombres de los volcanes, reírme de la foto de su Primera Comuni3n.

EL TOMÁS

Mi padre no fue escritor pero tenía una relación visceral con la palabra. Casi comete fratricidio cuando su hermano Tomás insistía en que la Tienda La Sanpedrana había escrito correctamente su nombre. Sobre la modesta pared de adobe descascarado, gracias al patrocinio de la Pepsi Cola, se lucía el nombre en letras grandes flanqueado por dos logos.

- Antes de P y B se escribe M, eso es de instrucci3n elemental, hermano -sentenciaba un Calixto furibundo pues ya se lo había explicado sapotocientas mil veces al hermano mayor.

- Pues como querrás -respondía el rebelde provocador a sabiendas de que estaba picando el avispero- pero el dueo de la tienda es de San Pedro y no se va a volver de Sam Pedro por tus leyes de gramática.

- No le estoy cambiando el nombre al pueblo, no seas estúpido. Sigue siendo San Pedro, pero los de San Pedro son Sampedranos. Se forma otra palabra.

- Pues eso será allá en la capital. Aquí en la tienda el seor está orgulloso de venir desde San Pedro y quiso ponerle a su tienda La Sanpedrana. Y no me digás estúpido.

- Es Sampedrena, Sampedrana, Sampedrana. Antes de P y B la-

EUGENIA T IMES

bial se escribe M. Los de San Pedro, son Sampedranos.

- El de esta tienda es Sanpedrano porque así lo decidió con todo derecho. Es su tienda, su rótulo, su pared.

- Te ponés de terco yéndote contra la razón sólo para incomodarme, Tomás.

- Te ponés de mandón en tienda ajena, Calixto. Y no me digás terco.

- Tienda La Sampedrana. Sam-pe-dra-na. Los de la Pepsi Cola se lo tenían que haber corregido.

- Tienda La Sanpedrana para que se sepa que aquí en el Parcelamiento Santa Isabel, Puerto de San José, hay uno de San San San San Pedro que no es de Sam Sam Sam Sam Pedro.

- Estúpido y terco. Mejor ya no vengo a la parcela de temporada.

- Si es para venir a insultar y corregir pues ya no vengás.

Y así hasta que por algún milagro que sólo pueden entender los que tienen hermanos, se reconciliaban un tiempo... hasta que volvían a pasar por la tienda del señor de San Pedro Sacatepéquez.

EL TESORO DE LA ISLA DEL COCO

Saga de los Gallardo Aguilera en Búsqueda del Tesoro de la Isla del Coco en Costa Rica. Recuento de lo que me contaron Emérita, Calixto, Carlota y Carlos Humberto. En perfecto desorden.

1. Calixto, mi papá, tenía 25 años (nació en 1912). Emérita 27, Carlota 24, Carlos Humberto 35. Se llevaron a Rebeca, su mamá que ya había enviudado.
2. Se fueron en un Ford. Iban: Carlos Humberto, director de la expedición, socio concededor, hermano mayor. Rebeca, mamá y socia inversionista. Calixto, Emérita y Carlota, excursionistas curiosos y comisión de acompañamiento de la madre. Un amigo, inversionista aportando el Ford. El hijo del dueño del Ford, excursionista y Comisión de acompañamiento de su papá.
3. Rebeca se llevó su baúl ropero con ropa fresca y ropa formal que incluía sombreros, guantes, tacones. Las jóvenes también metieron algunas elegancias. El baúl ropero se volvió un estorbo en el camino pero le respetaron su gusto.
4. El 90% de los de la expedición ni siquiera llegaron a la Isla del Coco.

EUGENIA T IMES

5. Carlos Humberto se ponía furioso porque las mujeres pedían parar para orinar y se tardaban un montón escondiéndose y con miedo de los bichos. Calixto intercedía por ellas y las ayudaba.
6. Conseguir agua pura en medio de la nada donde a veces se quedaban acampando era un problema. En una ocasión se pusieron felices de encontrar una pocita de agua cristalina. Pernoctaron en los alrededores. A la mañana siguiente encontraron un sapo enorme sentado en la poza.
7. Había nubes de zancudos.
8. En Managua los entrevistaron en un periódico y sacaron foto en primera plana de los expedicionarios posando frente al Ford. No podían creer que llegaran desde Guatemala y fueran hasta Costa Rica. ¿En qué carreteras?
9. El Ford se quedó sin llantas. Le amarraron unos pedazos de no sé qué. Entendí que eran pedazos de caucho.
10. El del Ford tenía sus dudas sobre si realmente existía ese tesoro.
11. Carlos Humberto llevaba un aparato que leía si bajo el suelo había metales. Eran alambres amarrados a unas manecillas que se desequilibraban si detectaban metal. En el camino lo probó y el aparato marcó un hallazgo. El del Ford se impresionó. Calixto dudó. Carlos Humberto le dijo que era un imbécil que iba a echar todo a perder.
12. Ya casi llegando a la frontera Nicaragua Costa Rica se quedaron sin dinero. Los hombres tuvieron que trabajar en el campo y las mujeres refugiarse de favor.
13. El carro era un estorbo. Para pasar los ríos tenían que subirlo en lanchones. En ocasiones en lanchones fabricados especialmente porque los normales no eran tan grandes.
14. Los paisajes del camino eran maravillosos.
15. Carlos Humberto conocía el camino, pero lo había hecho solo y a caballo.
16. Tal vez no fue tan buena idea que fueran las mujeres.
17. Las mujeres opinaban que tan lindo el viaje porque iban todos juntos aunque fuera incómodo.
18. En las noches Carlos Humberto declamaba porque tenía una memoria maravillosa.
19. Calixto se atrevió a charrangear una guitarra que llevaba el del Ford.
20. A Calixto se le ampollaron las manos cuando trabajó en el campo porque nunca había agarrado un machete.

EUGENIA T IMES

EL BELGA

EXPULSADA

Y entonces las Siete Sabias de Bélgica, en íntimo conciliábulo, decidieron que María Eugenia Gallardo era un problema y así se lo hicieron saber al progenitor. Lo convocaron, hija en mano, al Despacho de la Madre Superiora (La Dirección), sitio al que se acudía por casos graves como haber matado a alguien o reírse en misa o robarse una refacción. El problema se resumía en la incómoda presencia de una niña que ya sabía leer y escribir, sumar, restar, multiplicar y dividir entre el grupo de Primero Primaria. Cómo incomodaba a sus compañeras que estaban concentradas haciendo palitos para aflojar la mano y lograr la "a". Que terminaba la plana de palos en un santiamén y no se estaba quieta. Que cuando la obligaban a estar quieta distraía a las niñas metiendo la cabeza entre la tapadera del pupitre o poniéndose el suéter en la coronilla cerrando todos los botones. Que cuando la regañaban se dormía y se despeinaba. Que llevaba cuadernos no autorizados para enseñarle a las otras las divisiones largas que sabía resolver y ocupaban una hoja entera. Que rayaba los libros y que se manchaba a propósito las yemas de los dedos con tinta azul. Que, en fin, ya era materialmente imposible dar las clases en santa paz con esa niña del problema.

La Dirección era un cuarto mitad oficina mitad sala de estar. En aquella tarde aciaga el montaje de la escena podría pintarse, pincelazo más pincelazo menos, en los siguientes términos. En su trono, es decir silla del escritorio, estaba la Madre Superiora, Directora Plenipotenciaria del Establecimiento Educativo Colegio Belga Guatemalteco La Sagrada Familia. Revoloteaban a su alrededor las demás sabias: Encargada de Grado, Directora de Primaria y otras que por ser las que más hablaban era seguramente de avanzados conocimientos pedagógico didáctico psicológicos. Religiosas todas que, aunque fueran reconocidas como monjas, no habitaban hábito. Vestían uniformes grises de señoras tristes con velito en la cabeza y se les decía Mademoiselle (pronunciado mamasel). La Directora llevaba la batuta del repartimiento de la palabra, era la de mirada más dulce y suaves modales pero en el tema a tratar su acento como de gárgaras no imponía mucha autoridad. Refundidos en el sofá y asustados por el

EUGENIA T IMES

rosario de quejas, padre e hija no hacían más que poner cara de circunstancia. Argumentados los argumentos y razonadas las unilaterales razones, abandonaron Directora y séquito el área del escritorio y se sentaron las principales en la sala. Las de categoría menor por edad o posición se reclinaron en los respaldares. Las miradas se recargaron en el progenitor. Al parecer ya estaba todo dicho y lo que seguía era de trámite: saldar cuentas y entregar la papelería (fórmula burocrática para decir que devolvían criatura problema sin leipa y sin pago). Pero, para asombro de las educadoras, el progenitor, pierna cruzada de varón alto, entacuchado y de zapatos pulidos, dijo en serena voz y en cejas a las que se les había instalado una magnífica idea:

- Pues si el problema es que María Eugenia está muy adelantada, entonces pásenla a Segundo.

Se agitaron las del revoloteo: las sentadas re acomodando la falda triste y las recostadas cambiando de pie. La Superiora pasó de blanca rosada a blanca colorada alegrándosele el semblante. Vio por primera vez a la niña y si hubiera sido madre madre en vez de madre monja la hubiera abrazado. Pero no alcanzó a decir oui ni cualquier otro sonido parecido en su lengua natal pues la más guatemalteca (que ya tenía abrazado el folder de la papelería) dijo:

- Imposible por la edad. El Ministerio no lo autoriza.

Padre e hija se retiraron cortésmente de la reunión. Al llegar a la calle, donde se respiraba aire no contaminado por la escuela y la religión, el padre dijo:

- Son unas brutas, Mija, lo que tenés es una ventaja.

La solución al problema de la problema surgió con el nombre de Malacatancito, Huehuetenango.

ANGUSTIA

En el Colegio Belga conocí la angustia. Se alojaba en edificios que a medida que se terminaban las clases se iban quedando vacíos. Aulas, gradas, ventanas, patios, corredores... vacíos de gentes, llenos de espantos. Si el espanto es una presencia vacía, llenos de espantos. Sin propósito: escritorios, sillas, pizarrones, bancas... se iban llenando de miedos. Si el miedo es un rincón sin propósito, una madera sin sentido, un orden de los elementos para una función que no existe, se iban llenando de miedos. Se sentía la angustia en esos vacíos

EUGENIA T IMES

que las monjas terminaban de completar con su indiferencia, su resequeidad de emociones, su obsesión por la disciplina. El cielo de la angustia era limpio, claro, iluminado por ese fulgor extremo previo al ocaso. Para ver la angustia bastaba levantar la mirada en medio del patio y descubrir en esa inmensidad que el cobijo y la ternura eran imposibles. La cúpula de alguna iglesia, el sombrero de picos del salón chino se dibujaban contra el cielo anunciando que fuera de los muros del internado había otra vida, talvez acompañada. El coro de la angustia eran unas pocas niñas jugando, provocando ecos, cumpliendo con ser felices. Cuando, a los ocho años, conocí la angustia, ya podía diferenciarla del simple miedo, de la franca tristeza, del terror al mundo tan grande de la gente grande, de los estados de insensibilidad y de los cíclicos asombros a las reacciones inesperadas de quienes dicen amarlo a uno. Desde entonces, casi sesenta años después, a la angustia la pienso todas las tardes cuando se despide el sol. La busco en el cielo para confirmar que ahí la conocí. Me la recuerda una habitación vacía o un mueble sin persona. Pero hasta hoy, 26 de marzo de 2018, la pude describir. Y eso me provoca júbilo porque ya puedo lidiar con las palabras que, al contrario de los objetos suspendidos del surrealismo, sí se dejan asir.

RELIGIÓN RELIGIOSA

La clase de religión en un colegio que se fundó para dar religión no solo era obligatoria sino que se duplicaba: Religión propiamente tal e Historia Sagrada. La clase de religión propiamente tal la daba una guatemalteca furiosa que se llamaba Asunta pero se le decía Madre. En algún momento se le dijo Mademoiselle. Cosas de la batalla política del pobre Estado tratando de ser laico y de sus avances y retrocesos que esta historiadora de la nostalgia relatará en folio aparte.

Cuando me tocó sufrirla, Asunta la Furiosa y sus colegas ya habían cambiado su disfraz de Mademoiselles (señoritas de apariencia muy severa, cubierta y de colores apagados) por el de Madres (la versión más lejana de la maternidad, en uniformes denominados hábitos, de apariencia muy severa, cubierta y de colores apagados).

El método pedagógico didáctico de la vilipendiada supra consistía en dejar materia para aprenderse de memoria en la casa.

EUGENIA T IMES

Para verificar si la lección se había adherido al cerebro simplemente decía Fulana, la lección. La Fulana se ponía de pie y respondía: los siete pecados capitales son... o el primer sacramento de la sagrada ley de Dios es tal y tal que significa tal y tal... usando palabras exactas del libro con la redacción punto por punto. Si entendía, a las alturas de tercero primaria, qué era fornicar o desear a la mujer del prójimo o codiciar los bienes ajenos, no tenía la menor importancia. Importaba declamarlo en voz alta, bien pronunciado y sin vacilar ni tartajear. A la primera señal de duda o inseguridad o tropiezo en la respuesta la enfurecida interrumpía a la temblorosa criaturita y la ponía de rodillas a la par de su cátedra junto con otras víctimas de la santa inquisición.

Como consecuencia de los gritos, humillaciones y tormentos, las tontas se ponían más brutas, las desmemoriadas más atarailadas y a las inteligentes y de buena memoria se les congelaba la masa encefálica y se les trababa la lengua. En ocasiones, la religiosa que daba religión pasaba de la palabra a la obra repartiéndole golpes de cartuchera en las cabezas de las ánimas genuflexadas. La cartuchera, siendo un pedazo de lona con zíper más larga que ancha no habría ocasionado gran daño si no fuera porque estaba llena a estallar con lápices, lapiceros y rosarios de metal. Dolía. Dolía antes, durante y después la clase de religión.

Ahora bien, el complemento de la clase de Religión, la de Historia Sagrada era un regalo al espíritu, la fantasía y la imaginación. Guatemalteca también, Madre Lucía hacía honor a su nombre y se lucía con relatos llenos de magia, coloridos detalles, abundantes y precisas descripciones de personajes. Al verla y escucharla se sentía el maná cayendo sobre un pueblo agradecido, un mar inmenso se abría por la voz potente de un barbudo hombre bueno y se veía al pueblo de Dios corriendo entre la segunda y tercera fila de escritorios y atrás a los malos ahogándose con los caballos patas arriba. En la ascensión de Jesucristo mirábamos cómo se elevaba solito en las puntillas de los zapatos amarrados de madre Lucía y para la asunción de la virgen bajaban unos ángeles de sus ojos amables para llevarla a un cielo que nuestra imaginación abría más allá del techo del aula. Contrastes de la libertad de cátedra.

EUGENIA T IMES

PATÉ DE FOIS

Se compraba un paté que costaba como veinticinco len o una fortuna parecida. Dicho paté tenía que durar un mes escolar, es decir, como 22 días. Se untaba el tal en un pan francés de a centavo. Un francés solitario y flaco separado de sus siameses. Pan y asomo de paté se introducían en una bolsa de papel kraft que tenía que durar un mes escolar o sea los 22 días. Al contacto con la grasa la bolsa café se iba poniendo clarita, casi transparente. Clarita y doblada la sacaba de la bolsa de la blusa del colegio y se la entregaba a medio día a la celadora de la bolsa de papel que también era la encargada de asomarle el paté al pan muy temprano en la mañana. La celadora debía darle cuentas al proveedor de la casa: Dios me guarde con Dios me libre si el paté no llegaba a fin de mes y que Jesucristo nos agarrara confesadas si se extraviase o rompiese la bolsa.

No introduzco el tema de que la frugal refacción debía engullirla rodeada de niñas que llevaban doble pan de a dos o incluso pan de rodaja atiborrados de huevos revueltos con frijoles y queso fresco, o con jamón y queso Kraft en fina cama de lechuga aderezada con mayonesa y ketchup (y pan dulce de ribete) envueltos en servilletas almidonadas que se daban el lujo de dejar tiradas sin temor a perder su integridad personal al regresar a palacio, digo hogar. No toco el tema porque van a tildarme de resentida. Lo que sí he de decirles con toda la boca es que a veces es justo decir que todo tiempo pasado fue con más hambre.

APENDICITIS AGUDA

Escuché por primera vez la palabra currutaca cuando, en sexto primaria, Patricia Pensabene faltó varios días al colegio. Me pareció muy elegante que, cuando le hablamos por teléfono, le dijera así a la diarrea. Pero resulta que ¡oh sorpresa! una semana después la operan del apéndice. Al día siguiente, al salir del colegio, fuimos al sanatorio a verla. Estaba animada y con ganas de contar los detalles del dolor horrible que la llevó a esa situación de importante niña operada. A medida que se acumulaban las visitas, a las niñas nos quitaban de las sillas. Recosté medio cuerpo en su cama de enferma a gozarme los detalles de retorcijones, cola floja, náusea, desvelos, carreras y sustos de los papás, vómitos y, particularmente,

EUGENIA T IMES

dolor intenso en el lado derecho de la panza al extremo de que la punzada se bajaba por toda la pierna. Cuando me incorporé para despedirme, una oleada de náusea se me metió en el cuerpo. La caminata a la parada de camioneta se fue haciendo dificultosa a medida que un dolor en el lado derecho de la panza se instalaba jalando pierna y pie. Para entonces el divorcio Emérita/Calixto era hecho consumado. Vivíamos con la hermana de mi mamá, Amalia Celina (reducido a Chita). Llegué contando lo relatado supra pero con lágrimas y un ya no aguanto ya no aguanto ya no aguanto ya no aguanto el dolor. Reacción de la tía, experimentada madre de cuatro hijos, mayores que yo:

- María Eugenia siempre tan dramática, mentirosa y escandalosa. Como la amiga está operada ella también quiere. Puras ganas de llamar la atención y de no ir al colegio. Tan consentida, por eso es tan mañosa. No le haga caso, Calixto. No conociera yo a mi gente.

El cuñado responde, escuetamente:

- Si dice que le duele, le duele. Mañana vamos a donde el doctor.

Un día doctor, al siguiente laboratorio y al tercero se anuncia la remoción de apéndice. La tía Chita no dijo esta boca es mía. La tía Meta (a quien frecuentaba por obligación del acuerdo de separación de cuerpos) me llevó a rezar por la salvación de mi alma. Al igual que unos años antes, con la operación de amígdalas, la beata, pía, santa y cachureca no podía soportar la idea de yo me fuera tranquila al quirófano sin enterarme del riesgo de muerte. Puse pues, de rodillas ante el altar y a temprana hora camino al cadalso (digo, al sanatorio) mis horribles pecados veniales y mortales de niña en manos del altísimo. A la ingrata me la entregaron en un frasquito: hinchada, fea y a punto de explotar. Así termina la historia de la currutaca de Patricia Pensabene.

INTERNADO EN HUEHUETENANGO

Pasábamos hambre en el internado. Desayuno: huevo revuelto, frijoles colados ralos, atol, pan. Cada plato servido con la cuchara miserable de la monja responsable de estirar nuestras cuotas de internas completas. Porque había medio internas pero eso es harina de otro costal y material para otra historia donde se podrían incluir a las pobres e ignoradas beca-

EUGENIA T IMES

das... en fin... que uno recibía su ración y ya. En el devaneo del hambre yo trataba de encontrarle racionalidad a las porciones.

He aquí algunas de mis conclusiones: revueltos los huevos para que no se notara que a cada niña le tocaba entre el 35 y el 40% de un huevo pequeño. Colados los frijoles para que se displayaran por todo el plato, haciendo visualmente mucho lo que engullido era poco. Atol, porque cualquier agua caliente pintada y endulzada puede hacerse pasar por alimento. Pero una estrella brillaba en esa oscura estampa de Oliver Twist. El pan. Dos rodajas amplias, gordas y ricas recién horneadas. Era casero: suave y esponjoso por dentro contrastando con una orilla gruesa, rústica, con sabor a especias, con olor a ángel. El bendito pan, el inolvidable bendito pan que lo hubiéramos amado sino fuera porque a esa hora nos despertaba el apetito y hacía más insufrible la escasez de todo lo demás. Qué largo se pinta el día cuando el desayuno no des ayuna. Almuerzo: caldito de algo impreciso con más, mucho más que suficiente sal. Arrocito, envuelto, verdurita. Los diminutivos no están ahí por cariño. Están para decir que todo aquello era diminuto. Dos tortillas frías, de las sudadas del fondo del canasto. Fresco triste con sabor a no te entiendo. Fruta de temporada: podría ser un jocote, un mango, un banano. Jocotito, manguito, bananito. Eran ricos, le alegraban a uno un poco el carácter, pero el vacío existencial de la panza a medio llenar terminaba imponiéndose. Refacción: porque había refacción para evitar que cayéramos desmayadas de inanición. Refacción: atol con un pan dulce si había sobrado atol del desayuno o fresco con un pan dulce si había sobrado fresco del almuerzo. O mitad y mitad, según el balance de las sobras. Cena: quitando el atol y agregándole un vaso de agua pura, la cena era igual al desayuno: frijoles colados ralos y fracción de huevo. Muy pero muy de vez en cuando se colaban unas tres lajas de platanito frito. Las dos rodajas de pan volvían a aparecer, ya no recién horneadas pero igual de ricas aunque un poco duras. Casi todas escondíamos esos panes entre los pliegues de las gabachas para mordisquear como ratitas y entretener el hambre de la noche. En el régimen monjil, se comía con gabacha. En teoría para evitar mancharnos los uniformes. En la práctica eran innecesarias pues nadie se iba a dar el lujo de desperdiciar ni una gota de los escasísimos alimentos para manchar un uniforme. En la gabacha escondíamos el pan a pesar de que el ojo controlador de

EUGENIA T IMES

monjas, novicias y aspirantes era implacable. Todo régimen carcelario es caldo de cultivo para el ingenio de los reclusos que aspiran, como cualquier ser humano, a paliar sus sufrimientos.

El internado del Colegio La Sagrada Familia en Huehuetenango, sucursal provincial del Colegio Belga, no era la excepción. Pero por alguna extraña razón el racionamiento bélico se interrumpía los domingos. En el desayuno el huevo era estrellado (o sea no divisible) y sobre el huevo chirmolito. Los frijoles eran parados recién cocidos y (nunca creí que iba a usar esta palabra en mi humilde testimonio) abundantes. Exacto: frijoles abundantes. En vez de atol leche caliente con canela. El panito rico de rigor y además pan dulce, siempre de a len pero en pareja. Uno redondo y uno tostado per cápita. Almuerzo: pollo, puré, ensalada. Del pollo una pieza reconocible para cada una, nada de recetas estrambóticas de la filosofía "hagamos que abunde". Fresco de chan y gelatina roja. En vez de tortillas federicas, dos panes franceses. En la refacción (cáigase muerto estimado lector) helado a razón de dos bolas por criatura. En la cena (termínese de morir) tamal rojo grandote con dos (DOS) pirujos, chocolate y un pan dulce de a cinco. A estas alturas el honorable juzgador, es decir el lector, ya se fue a echar pulgas a otra parte, aburrido de tanta queja. Si algún fiel quedó, estará pensando que tan escasa no era la comida y que la autora es una vil ignorante en materia de pobreza.

Permitidme aquí haceros ver que la palabra, con su ánimo de ir juntando una cosa con otra para satisfacer un argumento, pone, en el espacio de una cuartilla (equivalente aquí a una bandeja), muchas imágenes juntas (en la cabeza del lector un montón de pan, huevos, frijoles, bebidas, verduras, etc.) lo que en la realidad corresponden a momentos separados por horas y horas y vividos por jovencitas de prevocacional con las energías empeñadas en jugar, estudiar, crecer, armar romances imaginarios y jugarle la vuelta a las carceleras, digo las monjas. En fin, mucho qué mover poco qué comer. Hay, finalmente, un elemento adicional a considerar y que justifica que este relato esté subrayado con la tinta de la hambruna desoladora.

La escasez era relativa como todo es relativo en la viña del señor. Algunas internas eran de familias pudientes. Las tenían ahí encerradas no como castigo (como era mi caso), sino para darles la educación de calidad que no podían tener en las fincas. A esas pudientes les mandaban regularmente sendas encomien-

EUGENIA T IMES

das con: quesos, jaleas, galletas, confites, latas, encurtidos... que las monjas guardaban celosamente y de vez en cuando le ponían a la respectiva dueña un platito adicional con delicias varias. La dueña se creía la divina torta, nos daba carita y compartía con las que le sobaran la leva. Eso, al grupo de las orgullosas de mejor morir que limosnear, más hambre nos daba. Y es que no había escapatoria: comíamos en mesas largas tipo tablonés en dos filas de bancas. Todo estaba a la vista: quedaba claro quiénes eran las pudientes, quiénes las rogonas y quiénes las medias mudas.

Continuamos que el espacio no era realmente un comedor. Era un corredor, medio despensa medio galera que quedaba en el camino entre la cocina y el sagrado recinto privado donde se ubicaba el comedor de las autodenominadas religiosas. Ahí sentaditas, con inspectoras a nuestras espaldas, nuestras diestras y nuestras siniestras, con los brazos apoyados en las tablas sin mantel, veíamos pasar a la servidumbre con las viandas para las monjas: huevos tibios en copitas, jugos de naranja, jarrillas de café, picheles con leche, soperas humeantes, carnes asadas, frijoles volteados, quesos, crema, panqueques, jaleas, duraznos en miel, chancletas de güisquil, plátanos fritos, pollos dorados, consomés de res, arroz adornado del Tío Ben, hígado migado, huevos con tocino, puré gratinado, pasta a la bolognesa, sopa de pan, hilachas, curtido, rellenitos, paches y chuchitos.

Eso era lo que lográbamos ver estirando apenas el pescuezo. También pasaban olores que se materializaban en antojos según la imaginación de cada una: yo recreaba chicharrones tostados con tortilla negra y limón. Las viandas que desfilaban en grandes azafates se acomodaban en finas porcelanas y manteles almidonados. Los platos y vasos plásticos con olor a jabón y los pocillos de peltre eran de uso exclusivo de las internas y, supongo yo, de la servidumbre. Supongo, porque el estricto código de conducta de la institución educativa prohibía tajante y absolutamente cualquier intercambio de palabras entre internas y personal de servicio. Ni buenos días, ni por favor, ni gracias. Si había que comunicar algo intervenían las celadoras.

EUGENIA T IMES

DEL CONTRASTE ENTRE LAS CONDUCTAS DE PUERTAS AFUERA Y DE PUERTAS ADENTRO

Una producción de Hollywood en Cinemascope. Una matinal de doble función con Lassie. En ese talante peliculesco iban las monjitas con las nenas en bus alquilado para la ocasión. Internas y externas: la gran familia de La Sagrada Familia. Cantando el chófer chófer más velocidad y éste sonriendo a pesar de los alaridos. Allá íbamos con la ilusión de poner las patitas donde Tarzán de la Selva filmó una película. Las Ruinas de Zaculeu, que ve tú a saber quién construyó, quién habitó, cómo se desmoronaron, eran importantes por Tarzán. El puro Tarzán cargando piedras inmanejables, lanzándose de liana en liana con Jane languideciente de amor colgada de su cintura, el torso desnudo y su trapito y la pelambre suave pero rebelde y el vigor de su grito indomable... a oler si quedaba algo de eso en el ambiente iban niñas y monjas en el bus. O iban santamente de excursión con ánimo puro de recreación al aire libre. Eso no lo puedo saber porque estoy escribiendo en primera persona y las edades de los personajes podían llevarlas por uno u otro camino. O sea que a ciencia cierta lo único que puedo asegurar es que yo iba muy feliz de que me sacaran del internado a ventilar y que del tal Zaculeu lo único que explicaron fue lo de Tarzán de los Monos.

Las ruinas resultaron ser poco selváticas y bastante en cementadas así que a mi imaginación no le gustó la película. Pero no importaba porque cuando fueron llegando en carros las familias de las externas, aquellos pedacitos de pasto con un árbol por aquí y otro por allá, se convirtieron en la más perfecta escena bucólica. Reían discretamente las monjitas, compartían comidas y sonrisas las mamás, correteaban las chiquilinas juguetonas entre las ruinas, yo ya no era yo: era Marisol graciosa y dicharachera, Rocío Dúrcal con la boquita rara, Pili y Mili avant-garde del prêt-à-porter. Porque el no ser pudiente me bajaba en la escala social pero ser capitalina me subía y eso se notaba en mis modelitos sofisticados.

El aire más fresco del universo, que decidió irse a vivir a Huehuetenango, revoloteaba entre los destellos de un sol generoso, como generosas eran las noches con su sombrero de estrellas al alcance de la mano para que las castigadas por pecados de

EUGENIA T IMES

amor, como yo, alivianáramos las tristezas. Pero aun en ese perfecto día en que las tropas vigilantes parecían haber bajado por completo la guardia, me dije: fijate bien en lo que hacés, porque estas son impredecibles.

Y es que a mis trece años ya venía experimentada. Era la segunda vez que me fichaban en un reclusorio. El primer encierro fue a los ocho años en el Belga de la capital donde, para salir rápidamente del tema de la comida, solo diré que nos distribuían en mesas para seis personas divinamente enmanteladas y nos enseñaban modales para manejar como damas las delicadas vajillas y la complicada cubertería. Comida abundante, deliciosa, de buen ver y coordinada por textura y color. Never de los nunca jamases iban a cerrar con gelatina de fresa un almuerzo que abriera con sopa de tomate. También con gabacha, pero ahí solo escondíamos los mangos de pita para comerlos chorreados en el recreo y no con cuchillo y tenedor como imponía el Reino de Bélgica. La privada de libertad, marcada, desde la gabacha, el uniforme de diario, los calzones, las camisetas, las calcetas, las pijamas, las batas de baño y de levantarse, los zapatos, las pantuflas, las toallas, las servilletas, el peine, la jabonera, la pasta y el cepillo de dientes, el suéter, el uniforme de natación, la boina, el bolsón para la ropa sucia, la ropa de salir, la shinola, el uniforme de física, los tenis, la pasta y el cepillo de zapatos, los pañuelos, el camisón de baño, la valijita de costura... hasta el misal, el rosario y la conciencia... con el DOCE cosido o pintado, no sufrió de hambre. Las torturas se aplicaban en otros ámbitos de la sobrevivencia. Y si digo marcada la conciencia con el número asignado es porque si uno oía su número pegaba un brinco y se colocaba en posición de lémur de Madagascar. En el segundo fichaje me tocó el SIETE, el ajuar era más simple y el control sobre objetos, mentes y personas, el mismo.

Y ya con esto retomamos el hilo. ¿En qué estábamos? Estábamos en que la Siete correteaba, comía y cantaba feliz bajo el tierno solito, pero atenta a no irse de boca. Porque volviendo al Belga del primer encierro, sucedió que hice la Primera Comunión, mi papá invitó a la fiesta a las internas y las pobres fueron al baño tres juntas (una grande y dos chiquitas) y otra dio la queja y fue motivo de juicio sumario con testigos, careos y amenazas de expulsión. La Doce testificó que sí habían entrado juntas pero que el cuarto de baño era grande. El espíritu de la ley que regulaba detalladamente nuestro comportamiento en el

EUGENIA T IMES

área de duchas e inodoros aún no cabía en mi pequeña conciencia. Quedó registrado, en los anales de la jurisprudencia nacional, que el crimen de marras ocurrió en el tercer piso de los Apartamentos Capri, 11 avenida y 18 calle esquina. La Madre Superiora les perdonó la vida pero nunca más, autorizaron internas a una fiesta sin esposas y cadenas, digo custodios, digo monjas y aspirantes.

Pero la tragedia que se cernía sobre nuestras cabezas ese día aciago, no venía por el lado de las monjas. Regresamos cantando en el bus, ebrias de libertad y, al aburrirnos del chófer chófer empezamos con las canciones de la clase de inglés: "Oh when the saints go marching in, oh when the saints go marching in..." y no sabíamos que seguía: y trala lá lá lá lá láaaaa lá. Después vino el "She'll be coming down the mountains when she comes, she'll be coming down the mountains when she comes..." convertido a: yupi ya ya yupi yupi ya, yupi ya ya yupi yupi ya, yupi ya ya yupi yaya yupi, ya ya yupi yupi ya aaa aaa... a grito pelado hasta que a una de las externas se le ocurrió cambiarlo a: "Las internas sólo vinieron a comer, las internas sólo vinieron a comer, las internas sólo vinieron, sólo vinieron, sólo vinieron a come eee eer..."

El reclusorio completo se fue quedando callado. Unas se apuñuscaron en los asientos al fondo del bus. Otras pegaron la nariz a la ventana como si eso las dejara más afuera que adentro. Se nos apagó el sol a media tarde. Más nos refundíamos hechas un nudo y más gritaban las externas comandadas por dos plomosas, las hijas del dueño de la farmacia. Era tan gracioso lo que se les había ocurrido... canten... canten... a ver, internas, es así:

- ¡Las internas sólo vinieron a comer, las internas sólo vinieron a comer, las internas sólo vinieron sólo vinieron sólo vinieron sólo vinieron a come eer!!!! Ya cuando llegamos al colegio el aguacero era de: ¿por qué tan calladitas? ¿por qué tan calladitas? ¿por qué tan calladitas?! ¡Por qué tan calladitas!

Que no se me quede en el tintero el hecho de que las que venían de inspectoras del bus, unas aspirantes a monjas porque al resto les dieron jalón en los carros, no dijeron esta boca es mía. Seguro eran otras muertas de hambre.

Acostumbrada, en mi formación católica escolar y familiar, a hacer examen de conciencia previo al acto de contrición y reconciliación con el altísimo, revisé nuestra conducta durante la

EUGENIA T IMES

excursión. No pude reconstruir un solo momento en que hayamos asaltado la comida, pero tuve que reconocer una sensación extraña de no hambre, de algo parecido a un estómago satisfecho. Porque si bien es cierto que nos atiborraban los domingos, nada se podría comparar a recibir exquisiteces de manos de mamás cariñosas, entre juegos y carreras y en calidad de libertas. Faltaba ver si las monjas habían detectado el faux pas y a qué niveles escalaría el proceso judicial. Porque al dejar afuera el mundo de afuera cerrando las pesadas puertas de dos hojas, las dulces monjitas que la sociedad huehueteca conocía, tiraban los trajes y las guitarras de Dominique Nique Nique, las sonrisas de Novicias Voladoras y la comprensión de las monjas humanitarias del convento de la Novicia Rebelde y volvían a ser lo que eran. Sin producción cinematográfica. La verdad es que ya no me importaba, ningún castigo podría superar el dolor de presenciar, en el circo de las privilegiadas, la exhibición de nuestras miserias.

RÉGIMEN

¿ Se compactó el rebaño de las internas después de la humillación colectiva? Sí se compactó, pero no nos hicimos amigas porque no quedaba espacio para la amistad en los ires y venires del rebaño dentro del corral del tiempo y el espacio diseñado por las aquellas que les conté.

La cosa era así dos puntos: temprano nos arriaban de la cama a la ducha en fila, en orden y en silencio. El regreso duchas-dormitorio en el mismo callado sistema. De los inodoros no tengo memoria. Seguramente los usábamos porque, aunque aspiraban a mantenernos en estado de gracia, seguíamos siendo mortales y las mortales defecan. Pero si lo que hacíamos en las duchas, como tocar nuestro propio cuerpo desnudo para asearlo, era motivo de grandes penas y vergüenzas y Diosito perdoname, al extremo de que se usaba camisón de baño para tocar pero no ver innombrables partes... lo que se hacía en la taza del inodoro era a tal extremo deleznable que lo borré de esa parte de la memoria a donde uno va a recoger material para escribir cuentos. Pero sí quedó muy a mano la insufrible sensación del camisón de manta empapado de agua helada pegándose al cuerpo medio tibio que acababa de salir de la cama, estando cama y ducha en Huehuetenango, no en Zacapa.

EUGENIA T IMES

Se nos arreaba después al desayuno que como ya sabéis no desayunaba pero de ahí en adelante ya se podía decir esta boca es mía exceptuando la hora de estudio (que eran tres) donde uno se sentaba tieso y mudo en un pupitre a hacer los deberes y a estudiar las lecciones, tuviera o no deberes o lecciones. Para captar bien ese punto le sugiero al lector buscar la silla más dura, ponerla frente a una mesa, sentarse ahí con un cuaderno, un lápiz y un libro y empeñarse en hacer, digamos, cálculos vanos o una composición con miedo a equivocarse en la ortografía o a memorizar datos sin sentido. Piense que eso es un deber y que si no lo cumple lo matan. Ocúpese en eso de unos 45 minutos a una hora. Levante la mirada y vea un reloj en la pared que le dice que le faltan dos horas de volar banca. Debajo del reloj vea una monja en posición de vigía sentada tras un escritorio, el escritorio subido a una tarima, o sea, con visibilidad absoluta sobre su persona. ¿Aburrido? No se le ocurra hacer dibujitos en el cuaderno, o rayar el libro o masticar el borrador o el lápiz o mover la silla o acomodar el fondío o rascarse. No cierre los ojos ni mire fijamente a la vigía. Todos esos son movimientos prohibidos. Le está permitido detenerse las quijadas, revisar el deber ad infinitum, re memorizar ad nauseum lo que ya sabe y odiar silenciosamente al universo. ¿Listo? Ahora imagínese a otros 15 o 20 compañeros de infortunio en el mismo predicamento. Eleve el malestar comunitario a la enésima potencia y voilá: ya captó la esencia del relato. Ahora levántese, sea libre y téngame lástima. ¿Ya? Gracias. Cerraba el día con voto de silencio en el corredor con camas como soldaditos en doble fila llamado dormitorio. Este espacio donde los cuerpos se visten y se desvisten y se relajan y descansan era propicio, según la prístina imaginación de las monjas, para que se colara el pecado y la palabra hablada, fuente de los acercamientos humanos, debía evitarse a toda costa para anular sus poderes nefastos. A la que le tocara supervisar nuestras pesadillas la metían a medio cuarto rodeada de biombos de hospital.

¿Por qué no florecían amistades a las horas de comida o de recreo o de clases donde se podía platicar? Porque los grupitos se disolvían cuando las vigilantas se acercaban a ver qué podían estar tramando y las parejitas estaban mal vistas hasta por las otras niñas. En resumidas cuentas que si por amistad se entiende alguna forma de comunicación que termina en cercanía emocional o en preferencia de un ser sobre otro por cosas tan elementales

EUGENIA T IMES

como caerse bien, no había amistad en esa masa obediente conocida como las internas... y, no obstante, la afrenta del Yupiyaya, nos compactó en algo que, jalándole la chamarra a la imaginación, podría llamársele compañerismo.

NO TODOS LOS ABUSOS SON SEXUALES

La ex convicta ya había pagado su deuda con la sociedad. Recluida en cárcel de seguridad máxima se le sometió a torturas consistentes en rezos, misas y el chocante paisaje de unas solteras entrapajadas a las que, por ironía o necedad, debía llamárseles "madres". A continuación del "madre", el nombre de pila. Una ensarta de sandeces y arbitrariedades porque, en primer lugar, no eran madres, ni biológicas ni por adopción. En segundo lugar decían ser solteras pero a la vez estaba casadas todas con el mismo señor, El Señor con mayúsculas. Pocas eran dueñas de los nombres de pila porque en un acto denominado "votos" se lo cambiaban por otro. Y llamarlas madre (que no lo eran) y un nombre (no apellido) implicaba en conjunto una cercanía y una intimidad que, por ley de la institución a la que pertenecían y que se llamaba "orden", no podían tener con las reclusas (llamadas internas). La prueba de tal política de afectos cerrados estaba, no sólo en el trato que podría ser desde lejano/cortés hasta hosco/amargo sino en la estricta separación en la vida cotidiana. Sus dormitorios, comederos y espacios de socialización estaban enllavadamente aparte de las barracas de las presidiarias. Con excepción de un custodio (novicia o madre de menor categoría) que vigilaba el túnel de camas tristes llamado Dormitorio de las Internas. Ahí se refundía, en lugar estratégico de vigilancia (o sea a medio cuarto) cubierta por entero entre cuatro cancelas de tela (como de hospital). Linterna en mano podía aparecer en cualquier momento alumbrando actividades sospechosas. Que podía ser una simple conversación: falta grave pues el código era de absoluto silencio.

El aire de la calle se salía a oler bajo acompañamiento cuerpo a cuerpo con las carceleras, las escasas visitas se recibían en espacios abiertos profusamente decorados con ojos y oídos de las ampliamente mencionadas y la correspondencia de entrada y de salida era leída y aprobada (o censurada). En esas condiciones de aislamiento absoluto del mundo (excepto la necesaria salida a confesar los pecados y a tragarse un pan con sa-

EUGENIA T IMES

bor a nada que representaba al marido de las solteras) pagaba su deuda con la sociedad la convicta, cuando fue llamado de urgencia el Juez Ejecutor para que la retirara por su franca rebeldía y escasas señales de contrición y arrepentimiento. Además se le recordó al señor Juez (también Acusador y Padre de la delincuente) que la habían recibido con reserva pues padecía de la enfermedad de "pérdida de la virginidad", condición que ellas sospechaban podía ser contagiosa. Tan al tanto estaban del riesgo que, cuando una actividad recreativa requería baile u otra forma de contacto físico, no la dejaban participar. La convicta no lograba descifrar un misterio más misterioso que el misterioso caso de las tres divinas personas. Se le acusaba de un acto inmoral (que ella propuso reparar con el matrimonio) al cual no le encontraba la inmoralidad pues era un acto de amor puro. Para reencausarla la ponían en un ambiente carente de amor y sembrado de miradas acusadoras y reacciones morbosas. En el sexo precoz conoció el amor y la ternura; en el castigo por el sexo precoz conoció el morbo, la falta de respeto y la mezquindad. Se le trasladó temporalmente a una casa de familia cuya vigilancia era menos estricta pero más inteligente, mientras el Juez encontraba alguna isla de Alcatraz u otro correccional que la aceptara con tales antecedentes.

Pero las opciones institucionales para castigar a las de trece años que habían pedido permiso para casarse eran escasas. Así que se le ofreció la opción de libertad condicional: volver a la vida normal en un colegio de humanos normales a cambio de renunciar al acercamiento con el socio del delito. Ella aceptó las condiciones. Metió su corazón en una bolsa de papel kraft y lo tiró a la basura. Queda establecida entonces la razón para denominar, a la protagonista de esta composición, la ex convicta cuya deuda con la sociedad ya estaba saldada.

No obstante, cuando en el altar mayor de una iglesia tan pequeña que parecía capilla, Padre e Hija (ex Juez y ex Presidiera) celebraban el feliz arribo de los Quince Años, el oficiante de la liturgia (padre con todas las comillas posibles) decidió utilizar el sermón para abundar sobre los pecados cometidos por la quinceañera. Enumeró cada pecado. Los clasificó por parte ofendida: la corte celestial, las monjas, la institución de la familia, el sagrado sacramento del matrimonio, el padre abnegado que hizo de padre y madre, la santa memoria de la madre muerta. Mal agradecimiento, pecados de la carne, deshonra familiar,

EUGENIA T IMES

arrogancia, rebeldía... vociferaba. La grey, el rebaño, la mansa masa silenciosa respondía Amén, Así Sea, con su pasiva actitud. El progenitor se re acomodaba molesto en la silla sin atreverse a detener al improvisado justiciero. A su lado, la del vestido amarillo estilo imperio con bipiur y sedas y zapatos forrados y flores en la cabeza se debatía entre desear morir congelada, tragada por la tierra o lapidada por los invitados al mando del de la sotana que de furibundo ya iba llegando a histérico. Consideró salir corriendo pero los iniciales sollozos habían dado paso a llanto firme que no la dejaba pensar. Terminada la homilía, el oficiante retornó a sus rituales en el amaneramiento propio de quien vive de hacerse el bueno.

Los tradicionales abrazos al final de una Misa de Quince Años fueron una especie de pésame con no saber qué hacer con la cumpleañera que no paraba de llorar. Para añadir ofensa a la humillación, el usurpador de la palabra sacerdote se acercó a abrazar a la vilipendiada quien lo recibió con codazo en el vientre y empujón. La parentela paterna, acongojada, se apresuró a auxiliarlo. Porque no era cualquier cura, era pariente político y ostentaba el título de Obispo. Monseñor, le decían en genuflexión, al besarle el anillo. Y como estos hechos ocurrieron en el país más extraño del mundo, el asunto terminó en irse a tomar las fotos de estudio (donde aparece hinchada y desencajada intentando sonrisa), en tarde danzante con marimba y en no volver a hablar del asunto.

*

GERONA

TO EMÉRITA WITH RESENTIMIENTO

Procedo a cortarle las orejas que gustaban de oír misas sin escuchar mensajes de amor, paciencia y tolerancia. Vacío las cuencas de los ojos incapaces de verme con ternura. Amputo el brazo izquierdo que me negó abrazos y el derecho con el que me pegaba con puño cerrado y fuerza de luchador. Rebano la nariz de donde salían molestas cadenas de estornudos cortos. La boca, que insultó, reclamó, renegó, descalificó y amenazó, la retiro cuidadosamente con el bisturí. Las cejas bravas, el pelo

EUGENIA T IMES

descuidado y las otras áreas de su humanidad que delataban escasa higiene van directo al tarro de la basura. Los pies que corrían a los rituales religiosos y se arrastraban cuando de atender mis necesidades básicas se trataba, se retiran cuchilla eléctrica en mano. Lo que queda, un cuerpo flácido que no conoció el amor carnal pero sí la glotonería, ya se puede meter al caldero.

DOÑA GUDELIA

Doña Gudelia era una vieja malencarada. Alta, robusta. Su porte, espalda arqueada para sacar bien la panza, recordaba a esos cueros para tomar vino que usan los españoles. Cuero a punto de reventar era esa, tan seria, tan malmodosa. Tenía un maridito amable pero asustadizo, como ratón de alacena. Coincidíamos todas las mañanas (con la gorda, no con el ratón) en la terminal de la camioneta 9. Barrio Gerona 15 calle y 16 avenida. Ella iba a trabajar en algo donde seguramente se necesitaba horrible presentación y yo a estudiar al Belga, tercero primaria sección C. Mientras esperábamos el santo y seña para subirnos a la camioneta, doña Gudelia me miraba como diciendo:

- No me va a saludar, ¿ishta malcriada?

Yo le devolvía un: miro para todos lados menos en su dirección, vieja pesada. Se iba acumulando la gente en una cierta fila desordenada y la doña se me acercaba disimuladamente, como diciendo:

- Si me topo con la malcriada me va a tener que saludar.

Yo hacía como que buscaba cosas en el bolsón, alerta a sus acercamientos estratégicos para fingir a tiempo desmayo o lo que fuera con tal de no dar los buenos días ni menos los qué tal está. Nos subíamos al bus y ahí, en el trajín de los otros pasajeros, se diluía la guerra fría. Unidad arrancada. Pasajeros sentados o parados, según la marea. El Señor de la Camioneta en el timón. Sube el inspector. Pasa cortando los tickets.

- Buenos días, nena.

- Buenos días. ¿Qué tal está, señor?

Era mi amigo y sabía respetar la dignidad infantil. Doña Gudelia era amiga de mi tía Emérita, conocida en el bajo mundo familiar como la Tía Meta. En esa casa del Barrio de Gerona marcada con el 16-06 vivíamos mi papá, la Meta y yo. Siendo hermanos, llegaron a un acuerdo de pareja para cuidarme. El trabajaría,

EUGENIA T IMES

ella haría lo doméstico y yo tendría una infancia normal con hogar. Los pormenores de esa relación que terminó en agridulce divorcio clásico con acuerdo de visitas merecen relato aparte.

He dejado mañosamente en el tintero la gran cualidad de Doña Gudelia. Tenía televisor. Amparada en su amistad con mi tía, me iba en las tardes a su casa a ver tele. Me empujaba para alcanzar el tocador de manita y toc toc, discretamente, llamaba a la puerta.

- Que dice mi tía que si me da permiso de entrar a ver televisión.

Si abría la propia, decía:

- Entre pues.

Si aparecía el roedor me cerraba la puerta en las narices con un:

- Voy a ir a preguntar.

Siempre regresaba y siempre decía que sí pero se tardaba un mundo. A veces tanto que yo empezaba a dudar si abrirían. Me entraban a la sala, me sentaban en banquito aparte y veíamos lo que fuera. Los tres en sagrado silencio. En cualquier momento, al final o a medio programa, se levantaba doña Gudelia del sofá, apagaba la tele y decía con su voz cortante muy al tono con su presencia que era seca siendo gorda:

- Váyase ya. Saludes a su tía.

Me iba feliz y agradecida con mis cinco o 32 o 47 minutos de tele, lo que se dignara regalarme con su forzada caridad. Al día siguiente era la rutina de la camioneta que ya les conté.

Hasta que un día me cayó la olla de agua hirviendo de su desprecio.

- Que dice mi tía que si me da permiso para entrar a ver televisión.

- A usted no la dejo entrar porque no saluda.

Cerró la puerta y selló con broche de mezquindad el amargo capítulo de nuestra relación.

LA INCREÍBLE Y TRISTE HISTORIA DE MARUJAMEG Y SU TÍA META DESALMADA

Si los Dioses del Olimpo decretaban que, al final de la tarde, niña y tía coincidieran en el 16-06 de la 15 calle, casi seguro corría sangre. Mi sangre. En la bomba molotov del carácter de Emérita Rebeca, podían detectarse, entre otros com-

EUGENIA T IMES

ponentes: malhumor, menopausia mal llevada, virginidad y obesidad indeseadas, frustración financiera y, principalmente, la rabia de quedarse en su país ejerciendo de maestra empírica, cuando realmente aspiraba a empeñar su existencia en España como monja de clausura, con voto de silencio y cavando su propia tumba en permanente oración por los peccati mundi. No se fue porque la parentela dijo:

- ¡Cómo va a ser eso! Es como que se muriera, no verla nunca más...

Y en solidaridad se negaron a contribuir con la jugosa dote, requisito indispensable para que la caridad del convento la acogiera. El artefacto explosivo se mantenía bajo control a fuerza de misas, rezos, novenas, destemplados cánticos, confesiones y eucaristías. Se apuntó al rosario perpetuo y me metió al rosario viviente, una especie de cadena mundial para mantener siempre viva la repetición de padres nuestros, aves marías y glorias al padre. El perpetuo más estricto (compromiso de rezarlo diariamente a una hora establecida aunque tuviera que despertarse a las 3:07 am) y el viviente más llevadero (decirlo al menos una vez al día, a cualquier hora). Nos dieron medalla y diploma oficiales con sellos dorados. Eso en la Iglesia de Santo Domingo. En la Iglesia de San Francisco se apuntó como Terciaria Franciscana y se mandó a hacer el respectivo híbrido entre túnica y vestido de señora café-café con cinturón tipo lazo blanco con nudos que, según afirmaba, eran de gran simbolismo.

-¿Símbolo de qué? -le preguntó mi papá que era pirujo.

- De algo que no me acuerdo, pero respetá -respondió la terciaria.

- ¡Puras babosadas! ¡Puras ignorancias! -insistió el infiel.

- ¡Al infierno te vas a ir!

- No me consta que haya infierno.

Y así por el estilo en franco intercambio fraternal. El asunto es que en el triángulo Gerona - Santo Domingo - San Francisco, se perdía la beata y descuidaba sus compromisos domésticos, como darme almuerzo o lavar la torre de trastos mosqueados que decoraban la pila. Cuando el "después lo hago" se le hacía crisis, aparecía hecha un energúmeno haciendo el oficio a gritos y empujones y amenazas y trompadas. O sea, explotaba la bomba. Me explotaba la bomba porque la brújula de su carácter estaba finamente programada para perder el norte conmigo y recuperarlo en sociedad. Aquel volcán de furia se me venía encima con la pa-

EUGENIA T IMES

leta de madera o con el puño cerrado. Yo me hacía un nudo para defender lo máspreciado, como ojos y narices, y el andanal de golpes terminaba en brazos y piernas. La única salida era la salida, es decir, la puerta de calle. A la calle a esperar a que mi papá se bajara de la 9 o de la 14 que compartían terminales enfrentadas. Jamás me salió a buscar. Si la sobrina que le habían encargado vivía o moría, no era su asunto.

Me paraba en la esquina a fingir que esperaba camioneta para no hacer el papel de media muda. Llegaba la 9, me movía a esperar la 14. Llegaba la catorce y vuelta a hacer como que esperaba la 9. Entre el vaivén me revisaba los golpes: quería que fueran horribles para tener pruebas ante mi progenitor. Pero nunca llegaron a moretes; la piel enrojecida se iba normalizando. ¡Qué cólera! Me pellizcaba para recuperar la evidencia. Me volvía la vida si a pie o en camioneta aparecía mi pater nostrum. Se ponía tan feliz de verme...

- ¡Y diay callejera!

- Mi tía me mandó a la tienda.

Por fortuna nací con la mentira en la punta de la lengua. Pero nunca le di la queja. Con evidencia fresca o diluida nunca le apagué la alegría. En ocasiones la espera pasaba de la tarde al atardecer y del atardecer a la noche. La seña de que se estaba haciendo muy tarde era que bajo el poste de luz se instalaba en un banco, casi al ras del suelo, una señora que juntaba fuego con leña y en un comalito freía tortillas con pozol de chicharrón y frijoles. Como se me estaba metiendo el frío, pues para sacar suéter está uno cuando corre por su vida, me acercaba al fuego. Era entonces cuando el inspector de la 9, que a todo esto observaba con discreción mi predicamento, se ponía como soldado a la par mía.

- Espere aquí cerca de mí, nena.

Cuando, finalmente, padre e hija entraban a la casa, la tía desalmada estaba en plan de aquí no pasó nada y si pasó no me enteré. Saben disimular los desalmados. No siempre era energúmena desatada la Señorita Emérita Rebeca. Ocasionalmente la hostia y la cantaleta del rosario le llegaban a donde le tenían que llegar y era amable y cariñosa. En esos lapsos nos hicimos devotas del rosario y me enseñó a jugar solitario y me contaba de su infancia feliz de niña rica en Guazacapán con su caballito de nombre Caramelo y su niñera personal. Me confiaba su admiración de ojos entornados por el Padre Pablo y el Padre Guillermo y de

EUGENIA TIMES

lo que costaba llegar a lomo de mula a Jacaltenango para enseñarle a los niños a leer y escribir en escuelas lindas que construían los padres de Maryknoll y las historias de sus alumnos... cuando preguntó:

- ¿Qué forma tiene la tierra?
- ¡Redonda como una naranja, Señorita!
- ¿Y no podría ser redonda como una lima?

El niño se quedó un rato pensando y exclamó:

- Sí puede ser lima, Señorita, ¡solo que sin chununo!

En esas buenas rachas repetía con vívidos detalles y ojos encharcados cómo se quedó ingrata y sola cuando murió su mamá en Costa Rica en la descabellada aventura de la búsqueda del tesoro de la Isla del Coco. Y en esas buenas tardes en que tenía ilusión de arreglar la salita de mimbre y poner floreros con siemprevivas era que, en un arranque de cariño, me mandaba a ver tele donde su amiga, Doña Gudelia.

EL HÍGADO DE RES

Pan de la mañana 5, un manojo de culantro 1, tortillas 10, un cuarterón de queso 35, camioneta María Eugenia 25, dos manojos de berro 7, 12 onzas de hígado 75, un limón 1, una cebolla 2, pan de la tarde 5, dos huevos 8, un rollo de papel higiénico 15, una caja de fósforos 1. Total: Tantos quetzales con tantos centavos. Al limitado gasto diario se le controlaba anotándolo en cuaderno de cuadrícula de 20 hojas. En sistema de caja chica, a Emérita se le reponía lo gastado. Calixto revisaba línea por línea, verificando varias veces el total.

- ¿Por qué salió tanto hoy?
- Porque hay gastos que no son diarios.
- ¿Cómo qué?
- Como el papel.
- ¿Tan caro está el hígado?
- Sí. Subió. Figurate.
- Así ya no llegamos a fin de mes.
- Más no puedo hacer.
- Mucha salidera en camioneta, Emérita.
- Dejá de comprar el periódico, Calixto.
- Solo estoy diciendo que busqués cómo ahorrar. ¡No soy millonario!
- Pues yo tampoco soy maga. Si subió el hígado, subió el hígado.

EUGENIA T IMES

Y así en franco intercambio fraternal hasta que se les subía el Gallardo. A él en forma de gritos y gestos de oso amenazante, a ella a la usanza de somatadera de cosas y juramentos de pues me voy y a ver qué haces con esa tu muchachita tan altanera que como yo le digo árbol que crece torcido nunca su rama endereza. En ese hogareño contexto me mandó un medio día la Emérita a comprar el hígado.

- Que te dé doce onzas. Que haga tres bistecs. Que lo quiero limpio. Sin pellejo en las orillas. Que primero lo limpie y después lo pese. Aquí está el dinero cabal. Regresás luego.

Inocente campesina. La timidez apenas me iba a dejar decir: que dice mi tía que doce onzas de hígado; por favor en tres. Como era costumbre, me llevé un plato hondo. Ahí ponía la carne el carnicero y lo tapaba con una hoja como de tamal. El asfalto en Gerona llegaba justo hasta la 15 calle y 16 avenida. Más adentro, donde se ponía un mercado callejero y quedaban la panadería y la carnicería eran calles de tierra con aceras disparejas. Bueno, la cosa es que yo venía ya de regreso con el hígado en el plato. Muy alegre, dando saltitos para no pararme en las alcantarillas que dispuse que eran mágicas, cuando, ¡oh desgracia! se resbaló un pedazo de hígado y cayó sobre un charco inmundo. Arreglé lo que quedaba y me fui despacito, con cuidado, a enfrentar a la fiera. Tal vez no se fija, tal vez no se fija, ojalá que no se fije, ay Dios mío.

- ¿Por qué sólo dos bistecs? ¿No le dijiste que dividiera las doce onzas en tres bistecs?

- Sí le dije pero no me hizo caso.

- Pues te regresás y que lo despache bien. ¡Hombre más bruto!

De regreso con el plato hondo. Pasé viendo el pedazo entre el agua sucia. ¿Y si lo recojo? ¡Ay no, qué asco!

- Que dice mi tía que falta un bistec.

- ¿A ver? Pues sí. Pero yo se lo di cabal, nena.

- Bueno, gracias.

A la casa. Vuelvo a pasar viendo el bistec. Ahí, cochino. Con lodo y piedritas.

- Que dice el señor que ya no puede hacer nada.

- ¿Cómo va a ser eso? Dejame ver bien. ¡Ah, no! Aquí ni siquiera hay doce onzas. Decile que me está robando en el peso. ¿O le pediste menos? ¿Te sobró dinero? No te quedés ahí con cara de muda. Andá y le decís que no solo tan caro y ni siquiera cabal.

EUGENIA TIMES

Tan chucho. ¡De una vez robarse un pedazo! Andá a decirle que ya me incomodé.

De regreso con el plato. El bistec, más hundido entre el lodo.

- Que dice mi tía que le mande el pedazo que falta por favor.

- Dígale que lo mandé cabal. Y que si es tanto el problema ya no le vendo.

Bueno. Ni modo. A recoger el hígado. Talvez consigo lavarlo. Pero ¿dónde? ¿dónde lo lavo? En esas iba cuando, ¡oh desgracia! veo pasar a un perro trotando muy alegremente con el hígado en el hocico.

- Que dice el señor que así está cabal.

- ¡Ah, no! ¿Cómo va a ser eso? Ahora sí. Ahora sí me visto y vamos juntas a reclamar. ¡Hombre más sinvergüenza! Se aprovecha de que sos chiquita. Pero me va a oír, habrase visto descarado. Va a saber quién soy yo.

Se vistió. En su caso era ponerse el abrigo verde sobre el camión, pues cuando no había actividad religiosa le costaba arrancar. Ahí vamos con el plato a reclamar.

- Buenos días, Don. Fíjese que a lo mejor hubo una confusión con el mandado que vino a hacer la nena. Yo le mandé a pagar doce onzas de hígado partido en tres bistecs. Y mire: solo eso me trajo y dice que le pagó cabal.

- Buenas tardes, Doña. Fíjese que yo le despaché bien. Ella se fue con los tres bistecs y ya van varias veces que viene a reclamar. ¿No será que lo regaló o se le cayó uno?

- ¡Ay de veras! ¿No te pasó algo mijitía chula?

- No.

Nunca más volvimos a poner un pie en la carnicería de ese sinvergüenza. Para ladrones estaba el pobre sueldo de don Calixto Gallardo que tenía tres bocas que alimentar.

EUGENIA T IMES

EN EL SAGRADO

ARTES PLÁSTICAS

La clase de artes plásticas las daba Don Paquito. Pequeñito a lo ancho y a lo largo, pequeño de gestos y carácter, pequeña su ropa ratosa y raída, diminuto en autoridad. Le tocaba sufrir quinceañeras de las que decir que eran inquietas, ruidosas, grandes de gestos y presencia escénica, presumidas, malcriadas y de carcajada pronta es manifestar lo obvio. Como todas las quinceañeras también tenían sus momentos de damiselas languidecientes en transe romántico de enamoradas del amor, pero esos momentos no los vivían a las dos de la tarde en la clase de artes plásticas con Don Paquito. A las dos de la tarde tenían las hormonas en plan revoltoso de niñez adulterada por la adultez con la que la vida y la regla y los consejos y las curvas las amenazaba.

¿Dar clase magistral en el formato de "yo subido en la tarima lo sé todo, lo veo todo, lo escucho todo" y ustedes rebaño recipiendario del saber ponen atención y despegan los ojos de mi persona sólo para anotar cápsulas de mi sabiduría? Imposible. Las criaturas ya habían colocado los escritorios en círculos para platicar, peinarse y maquillarse más cómodamente. Se acercaba tímido a un grupo:

- ¡Niñas, niñas! Tengo que explicarles la perspectiva.

- ¡Ay don Paquito no moleste! ¿No ve que estamos platicando? Pues sí muchá...

- Pues entonces doy punto visto...

- Que no interrumpa... pasame el rimmel.

- Pero no hablen tan alto. ¡Niñas, niñas!

Y se iba a estar pendiente de la puerta de clase. Con que no apareciera una de las directoras... ¡Patito tún tún patito tún tún ya no te hagas pato. Patito tún tún patito tún tún paga tu boleto de ornato! Se le cantaba porque tampoco era la bulla para ponerlo triste. Se le alegraba la carita porque ya sabía la pregunta que venía.

- Don Paquito: ¿ya pagó su boleto de ornato?

- ¡Ya! Niña, niña. Ya pagué.

- Don Paquito, usted venía en la misma camioneta que yo.

- ¡Ay qué pena, niña, no la vi!

EUGENIA T IMES

- Es que yo venía sentada y usted colgadito del tubo.

Cada vez que San Juan bajaba el dedo se enojaba. En venganza dejaba deber obligatorio y el punteo lo anotaba en la zona. Todo muy ordenado en un cuaderno donde también pasaba lista y daba por presente a tuti li mundi porque pocas le contestaban ¡presente! Venía dicho cuaderno en un maletín apachurrado al que se agarraba como tabla de salvación al aventurarse en el aguacero de quinceañeras desbocadas. Quien testimonia este testimonio venía expulsada de un colegio donde la clase de artes plásticas era tan seria y autoritaria como el resto de materias. Por ende, tenía en su haber montones de tareas ya calificadas de sus años en cautiverio. Tareas que les prestaba a sus nuevas amigas para cumplir con Don Paquito en versión exigente.

- Pero esto ya está calificado, niña.

- Usted fíjese en que está bonito el paisaje y apúnteme 10.

- Pero no es el deber que dejé, niña.

- Pero está bien hecho.

- Está bueno pues... a ver...

- ¡Ay no me lo raye! Solo apunte en su cuaderno.

Al final de la fila pasaba otra con el mismo paisaje y la misma estrategia. Don Paquito entregaba los cuadros de calificaciones en manuscrito bellísimo y siempre a tiempo. Además de puntual y pulcro en las limitaciones de sus pobrezas, era correcto, saludador con cortesías de antaño, paño de lágrimas de profesoras que le platicaban. Nominado siempre a Mejor Maestro del Año. Las calificaciones de sus alumnas en promedios de ochenta para arriba. En los exámenes finales pedía la presencia de inspectores del Ministerio de Educación o, en su defecto, de algún cabezón de la Dirección. Porque, invariablemente, unos días antes de los exámenes, El Nominado al Mejor Maestro del Año que pagaba religiosamente su boleto de ornato, entraba diciendo repaso y salían voladas las quinceañeras a sentarse muy correctas en sus escritorios, cuaderno y lapicero en mano, concentración absoluta, silencio. Llenaba el pizarrón de punta a punta. Borraba. Lo volvía a llenar. Todas escribiendo frenéticas. Por ratos dictaba. Alertas anotando palabra por palabra. La más perfecta de las perfectas clases magistrales. Por algún milagro del santo patrón de las artes y de la santa patrona de los que siguen el sacrificado apostolado del magisterio, el noventa por ciento del repaso venía en el examen final. Las preguntas y las respuestas, para más señas.

EUGENIA T IMES

En la perspectiva del tiempo y la distancia nomino a Don Paquito al Premio de Mejor Maestro de Quinceañeras por su contribución a la alegría, el desparpajo, la celebración del espíritu que corresponde a cada edad, bases del ocio sano que conduce a la creatividad y, en última instancia, a todas las formas del arte. Pequeño Gran Don Paquito, en respetuosa reverencia te saluto.

RELIGIÓN LAICA

La clase de religión la daba la Enmita. Como nos miraba aburridas y poniendo pretextos para salirnos por pipí, desmayo. Lo moco, nos preguntó si era que no nos gustaba cómo daba la clase. Alguien que no fui yo le preguntó si era materia obligatoria en Perito Contador. Dijo que no. Como era la esposa de uno de los directores y dueño del colegio se le trataba con pinzas, por lo que cuando preguntó qué era lo que pensábamos sinceramente de su clase el silencio fue total, con la excepción de algunas risas y toses. Se retiró a pasito corto con los tacones pintados del color del vestido.

A la semana siguiente apareció con cara de idea genial. Dijo que la materia de religión era optativa y que como no podía dejar unas afuera y otras adentro durante ese período, sometería a votación el tema. La mayoría decidiría.

Escribió en el pizarrón: 1. Estoy de acuerdo con recibir la materia optativa de religión. 2. No estoy de acuerdo con recibir la materia optativa de religión.

El voto fue secreto. Cada quien escribió su frase en hoja arrancada de cuaderno. Las zurdas con la derecha y las diestras con la zurda. No dio tiempo para campañas, conciliábulos, debates ni sobornos. Referéndum directo, inmediato, con resultados ipso fácticos. Del volcán de papelitos doblados sobre su cátedra fue abriendo y separando, sin mediar palabra, los sí de los nos. No mediaba palabra pero era evidente en la expresión que se le iba marchitando que la torre de los nos arrasaba al de los "Estoy de acuerdo con recibir la materia optativa de religión".

Sus zapatos verde menta se retiraron muy dignos. Celebramos la ganancia de un período libre. Le tuvimos pena eterna a la Enmita. Las del sí nunca confesaron su autoría. Su marido, que además nos daba matemáticas, se quedó tan fresco. Otra directora dijo qué bárbaras patojas. Y seguimos yendo a misa porque no era

EUGENIA TIMES

optativo. Y seguimos confesándonos porque significaba salir a la calle. Y seguimos comulgando porque era bonito pasar en santificado mood por el corredor hacia el altar mayor. Y ya no sigo injustamente poniendo un nosotros en mi yo. Quienes querían recibir religión e ir a misa de verdad y cumplir de corazón con los sagrados sacramentos eran una minoría que nunca se atrevió a manifestarse. Cosas de la democracia.

CONTABILIDAD

La clase de contabilidad la daba doña Lucrecia. Odiaba a todas y me adoraba a mí.

ADIVINEN

La clase de no digo la daba un no pongo su nombre que creía tener derecho a sobarse un adminículo que le colgaba de la entrepierna contra el brazo o el hombro o el codo de sus alumnas. El "sus" alumnas lo entendía así. La materia era difícil. Tal vez útil si en el futuro tendríamos que mover grúas o manejar locomotoras o pesar plumas y tostones de oro. Incluía fórmulas y planteos y operaciones y respuestas: no se ganaba contestando por lógica. Muy amable, el sujeto se acercaba a dar explicaciones a sus objetos, frotándose, según él, muy discretamente. La objeto se retiraba, según ella, muy discretamente, hasta quedar como Torre de Pisa. Él se las ingeniaba para acercarse, ellas para protegerse. De esa cuenta que en esa clase de no digo qué que la daba no digo quién, aprendimos a llegar al punto b en la locomotora A a la hora t y a construir fortines de reglas, cartapacios y lápices puntiagudos alrededor de la tapa del escritorio y a sentarnos en delicados equilibrios dinámicos evitando a no digo quién pero que en la Pira de los abusivos se quemé.

EL BANANO

Geografía Económica en Perito Contador. Tema asignado para mi conferencia: El Banano. Con crayones pinté un banano que ocupaba casi toda la cartulina amarillo pollo blancuzco. El consabido fruto y su perfil de luna nueva fue realizado

EUGENIA T IMES

en amarillo fuerte sobre el pálido del fondo, la punta en café al igual que las pecas y sutiles rayitas. Sobre el crayón de madera apliqué la técnica de difuminar con algodón robado del botiquín del baño. Un solo texto centrado y grande: EL BANANO con marcador y letra de molde lo más pareja posible ayudada por una regla. Estaba mi cartulina pegada en la pared, junto con otras con mapas, pescados, granos de oro, mazorcas, vacas y cerdos, cuando entra Doña Lucrecia, Catedrática Plenipotenciaria y Furiosa de todas las contabilidades y dice:

- ¿De quién es ESO del banano?
- Mío -dije, levantando disciplinadamente la manita.
- Con razón es buena para la contabilidad -exclamó- ese banano le quedó horrible, Gallardo.

Que conste que yo era la única a la que Doña Lucrecia quería. Era su pet, su referencia, su confidente, su refugio contra las lentas. Todavía no sé qué hacer con el amargo cumplido.

PERITA CONTADORA

Pupilos de Luca Pacioli que jamás olvidáis que las cuentas de activo y pérdidas tienen saldo deudor y las de pasivo y ganancias, acreedor. Que no cejáis en vuestro empeño hasta que cuadráis el último chelín. Que gozáis de letra caligráfica y ojo auditor. Que niveláis el Balance General con el Estado de Pérdidas y Ganancias mediante la Cuenta de Capital y los presentáis orgulloso de tus incansables esfuerzos de cierre. Vosotros pupilos del Fraile Pacioli que navegáis serenos entre los capitales brutos y las rentas imponibles, os saludo en este día que os reconoce como los pilares de una sana administración de bienes bien y mal habidos. ¡Salud Colegas!

*

LA TAL LILLIAN

ESE SEÑOR

Muy campante estaba mi señor padre en una oficinuca de abogados ahí por el IGGS de la séptima avenida y como 17 calle de la zona uno. De esas de puerta abierta que parecen tiendas y que son más de trámites y notariados que de abo-

EUGENIA T IMES

gacía propiamente tal. Muy sentadito, de espaldas estaba él cuando lo vi desde la acera. Su chumpa de señor retirado del tacuche, su calva y su manera de sentarse como que en sus casi setenta años de vida aún no hubiera logrado descubrir dónde colocar el kilometraje de sus piernas, eran inconfundibles.

- ¿Y usted qué?

- ¡Ah! Venite te llevo a refaccionar -respondió sin inmutarse pero dejando la silla tan rápido que el abogado que lo atendía se quedó abrazadito a un folder sin saber qué pasaba.

- Después seguimos, tú -lo tranquilizó mi papá.

- ¿Y usted qué? -insistí ejerciendo mi derecho de dueña de todos los recovecos de su vida.

- Trámites sin importancia.

Y nos fuimos a Cantón porque yo tenía antojo de chao mien. Al salir:

- ¿No va a regresar a donde el abogado?

- No. No urge.

Y tomamos camioneta para la zona 7. Él para Tikal I, yo para Altamira. Pues sí, vivíamos a un paso de perico. Dos o tres días después me da por irlo a visitar. Teniendo llave toqué el timbre por respeto a que vivía desde hacía un mes con su novia salvadoreña (sí, la misma de las historias de Gerona veinte años antes). Lillian. Lillian Guzmán. Como nadie abría, entré con mi llave. Nadie. Ruido del chorro de la pila. Voy a ver. Una muchacha que no conocía estaba lavando ropa.

- Usted debe de ser algo de ellos. No abrí porque me dijeron que no abriera. -Y siguió estregando en la piedra.

A esas alturas me percato que hay algo muy raro en la sala. Sillas plegables recostadas por medias docenas contra las paredes. Arreglos florales. Una mesa pequeña pero larga y angosta con mantel de encajes. Los muebles de sala y comedor amontonados en un cuarto. En la cocina vajillas semi empacadas. Cajas con botellas sobrantes de vino y champán. Azafates apilados. Regreso a la pila

- ¿Usted sabe qué celebraron aquí?

- El casamiento de Doña Lillian con ese señor.

En la caminata entre la Colonia Jardines de Tikal I y la Colonia Altamira caben 23,675 maldiciones, un corazón partío, cinco lágrimas, 326 sensaciones de traición a mansalva, diez derechos mancillados, cinco planes de venganza y un dolor.

EUGENIA T IMES

SANTA RITA

En algún punto de los encuentros y desencuentros entre don Calixto y doña Lillian (viudo y divorciada respectivamente), decidieron vivir juntos. Él pondría la casa amueblada en Guatemala, la servidumbre, los gastos básicos y su tiempo libre de jubilado de la U. Ella su buena disposición de permanencia (expresada en renunciar a su posición de brazo doméstico derecho de la "Missis" en Nueva York), su amor de mujer y las finezas con las que había enamorado al señor cuando, siendo su vecina en Gerona, se ofreció a plancharle las camisas (a razón de 25 centavos por unidad).

Dos semanas después de juntadas las chamarras (él estaba feliz comiendo rico y estaba preocupado gastando mucho pues era de verduritas pero ella de pavo relleno), llegó de visita una nieta de la susodicha. Jovencita. Muy linda y muy pálida. Después de almuerzo se sintió mal y le acondicionaron un cuarto para que pasara la noche. A la mañana siguiente Lillian llevó a su quasi marido a que presenciara, de primera mano, el milagro ocurrido en la oscuridad de la noche como se acostumbra decir en el reino de las obviedades. En la oscuridad de la noche, el cuerpo de la nieta había sido tomado por el espíritu de Santa Rita. Como prueba, la criatura yacía en el suelo, lánguida y despeinada, sobre un mar de sábanas blancas que la abuela terminaba de acomodar con la ayuda del brazo derecho doméstico de mi papá: la Carmen. Urgía bañarla en lo que dijo que era el ritual de rigor: artesa de agua tibia rebosante de flores frescas, si no todas blancas, al menos de tonos pálidos. Corrió la Carmen al mercado San José a comprar las flores y corrió don Cali a cuestionar a la semi esposa que de dónde habías sacado semejante chifladura. En su opinión, la languidez de la nieta se arreglaba con un buen desayuno. La otra se ofendió porque el conviviente dudaba de la obligatoriedad de los decretos del Padre Eterno y en fin que ese fue el inicio del fin del experimento "vivamos juntos y acompañémonos ya viejos" porque el asunto de la Santa Rita reencarnada subió de tono hasta los extremos que a continuación intentaré sintetizar, no sin antes concluir la escena del baño que terminó con la cipota (eran salvadoreñas) sentada en el balde de dejar la ropa en jabón entre aquel dineral de flores y con la Carmen correquetelevás entibiando el agua con la jarrilla de

EUGENIA T IMES

hacer café porque en esa casa de tres cuartos pero un solo baño no había artesa ni cosa que se le pareciera ni mucho menos agua caliente saliendo por los chorros. Va la síntesis prometida:

El dormitorio de Santa Rita se convirtió en espacio privado; solo la Abuela tenía derecho a alimentar, asear, enmejunjar y visitar a la Santa. La ayuda de la Carmen llegaba hasta la puerta. En el otro cuarto Lillian acondicionó un Templo: mesa con todo de todo (crucifijos, biblias, pirámides, rosarios, estampitas, escapularios, imágenes con tres ojos, incienso, vaso de agua, potpourri, mantel hindú, candeleros judíos, veladoras con sagrados corazones), tres sillas, un catre, alfombrita, lámpara con la pantalla forrada de rojo. En el corredor una fila de sillas dispuestas para que sus pacientes feligreses consultantes esperaran a entrar con la sacerdotisa que era ella. Mandó a imprimir cientos de tarjetas de visita con su nombre y la dirección de la casa bajo un logo grecorromano donde se leía: Instituto Teosófico. Dispuso vestirse enteramente de blanco y someterse a los dictados de Padre Eterno quien decidía hasta qué se hacía de almuerzo. Ordenó que diariamente se preparara una olla grande de atol y se comprara suficiente pan para atender a por lo menos 25 personas (horario vespertino exclusivamente como aclaraba en las tarjetas). Por las mañanas, después de atender a Santa Rita se iba a la iglesia de San Sebastián a pedir orientación y guía al Padre Eterno y a repartir las tarjetitas.

A don Calixto le sangraba la billetera y se le regaba la bilis al ver el tiradero de flores (a la Santa la bañaban cada tercer día) y de atol y pan (al instituto/templo nunca llegaba nadie). Muy apenado y muy caballero le hizo saber, primero que eso de la nieta encerrada podría causar sospechas. Para su asombro, ella estuvo de acuerdo y en un par de días la liberó cachetona y de buen color y estrenando jeans. En segundo lugar, que su limitada jubilación no daba para ese tren de gastos. Y ahí también la semi amada le dio la razón y fue más allá: él no tenía idea de lo rentable que podía llegar a ser el Instituto Templo. Y se ofreció a darle un empujón al emprendimiento con sus propios ahorros. Lo invitó a viajar a México con todos los gastos pagados para rogar por la intercesión de la Virgen de Guadalupe y que su templo se llenara de abundancia espiritual y material. Viajaron en bus al distrito. Ella, en ofrenda y penitencia se colocó, desde la salida de la ciudad de Guatemala hasta el regreso, sin fallar un solo día, un pesado sombrero de charro

EUGENIA T IMES

sobre su menos de metro y medio de estatura. La Virgen de Guadalupe y el Padre Eterno tendrían sus razones para no abrirle a la pareja las puertas de la prosperidad. Ese intento de vida en pareja fracasó (después vendrían otros). Él volvió a sus verduritas y a sus cuartos vacíos y ella a su Nueva York y a su "Missis".

UNA CONSULTA CON LA SACERDOTISA TEOSÓFICA DEL SOMBRERO CHARRO

Don Cali, en plan de colaboración con la conviviente a prueba, le exigió a la hija que se presentara a consulta para que no fuera todo vacío y desolación en el templo. La sacerdotisa la recibió de mijita linda siempre la he querido. La mijita respondió con su habitual cortés indiferencia. La fórmula perfecta para celos de hija: ni brava que abriera la puerta al conflicto, ni amable que abriera la puerta de cualquier acercamiento. Iba dispuesta a someterse a lo que fuera por no más de 15 minutos. Honrar al padre, pero con medida.

Pero la sesión se resolvió en menos de cinco minutos. La sacerdotisa ofreció lectura de cartas, de la huella dejada en el vaso de agua, de la forma en que se consumiera el incienso, del pulso, de las líneas de la mano... a lo que la que nunca iba a aceptar ser su hija se negó. Como último recurso, la abuela de Santa Rita se soltó la colochera, cayó de rodillas y en una especie de transe emitió su diagnóstico:

- Usted y todas las que no se dejan tocar ni leer el destino padecen de furor uterino.

E inmediatamente salió del transe, se levantó mientras se amarraba la colochera y en tono muy casual preguntó:

- ¿Qué le dijeron los maestros, hija?

- Que desde que me divorcié llevo una vida sexual muy activa y que eso es sano y que siga explorando con muchísimas parejas.

A Lillian se le salieron unas lágrimas que no se sabía si eran de rabia o de simple frustración. Pero a sus ojos, más sinceros, se le salieron unas chispas de franco calibre nueve milímetros. El resto fue en silencio. Limpiándose las lágrimas cerró la sesión azotando suavemente a la paciente con un ramo de flores: cabeza, hombros, pecho, espalda, vientre... en oración inteligible... al llegar a las piernas intensificó los azotes, el ramo se desarmó y hubo explosión de pétalos. Todavía llorosa Li-

EUGENIA T IMES

llian balbuceó algo así como: la debilidad de su salud está en sus piernas... cuídese. La arrogante que ya estaba siendo invadida por la lástima respondió: si hubiera empezado a pegarme en las piernas el ramo se hubiera deshecho en mi cabeza. Pero la frase que pretendía ser burlona salió tierna. Al final se abrazaron. Al oído Lillian susurró:

- Usted es admirable. ¿No quiere ser mi Maestra?
- ¡Ay Lillian! (risa nerviosa). Usted no tiene remedio.

*

LA VICTORIA, LOS GODOY Y LOS SOLÓRZANO

LA CAJA DE CORN FLAKES

Teníamos hambre la Victoria y yo. Revisamos religiosamente las bolsas de los sacos y pantalones de mi papá. El producto de la fechoría: un montón de habas tostadas con cáscara, cáscaras de haba, fichas de a len, de a cinco, de a diez. No chocas ni billetes. Regresamos cáscaras y habas a sus orígenes y juntamos el ficherío en un pañuelo. La mayor cantidad de dinero junto que nuestras manitas habían tenido el privilegio de acariciar. No sabíamos aún de precios ni de contar pero en los alrededores de Sanidad se le tenía fe a la humanidad y las mocosas andábamos solas y los tenderos no hacían chanchullos. El señor de la tienda tuvo paciencia para el cuánto nos alcanza de esto o mejor lo otro y esto sí pero mejor ya no. En vez de atiborrarnos de dulces, chicles y helados, la Victoria, audaz y atrevida pensó en comprar solo dos cosas, pero importantes. Una caja de Corn Flakes de Kellogs y una docena de bananos. Leche en polvo había en el cuarto de la pensión de doña Grace de Bégger donde vivíamos mi papá y yo. En una sentada se fue la compra entera. Ya no teníamos hambre la Victoria y yo pero sí un problema: qué hacer con la basura, cochina testigo del asalto al ropero. ¡Al inodoro! En pedazos la caja de Corn Flakes se fue en unas diez echadas de agua. Ya con las cáscaras de banano se fue complicando la situación hasta que el agua ya no se iba y hasta que el agua se regresaba y hasta que el agua inundó el único baño de la casa de huéspedes y hasta que nos fuimos corriendo a la casa de la Victoria en el callejón de la quince calle "A" con la barriga llena y el corazón asustado.

EUGENIA T IMES

BAÑO CLAUSURADO

El piso era de rombos con sombras de rombos con rombos patas arriba con rombos de rombos de rombos de manera que cuando uno entraba al baño de la casa de huéspedes de Doña Grace se abría un mundo de escaleras que subían y no subían a todas partes y ninguna parte, escaleras manejables sólo por piecitos de cinco años en puntillas.

El día en que se inundaron los rombos por desconocidas razones, se declaró clausurado hasta nueva orden el baño principal. Por la puerta entreabierta se podían ver a unos señores rompiendo los rombos, llenando cubetas apachurradas con tierra, arrancando cosas. A los huéspedes se les informó que debían usar el baño de servicio para hacer sus necesidades y bañarse hasta nueva orden a menos que lo hicieran en calzoneta y a guacalazos en la pila. A ese baño se le decía baño de las muchachas y quedaba en el área prohibida para los huéspedes, allá atrás. Se instaló pues, en la pensión, un período de emergencia donde de rompían las reglas de convivencia.

Con mi papá nos fuimos a bañar y a hacer nuestras necesidades a la casa del callejón donde vivía su hermana Chita con sus mil nietos. A bañarnos y comentar la emergencia: que qué sería, que talvez muy vieja la casa, que la casa no estaba hecha para que metieran tanta gente, que como que habían tirado ahí la basura de la cocina, que seguro alguna muchacha, que era cosa seria, etc. Tía Chita, lógicamente, puso a las órdenes su baño e incluso su casa por si la rompedera de pisos y el mal olor llegaban a niveles inmanejables.

El estado de calamidad pública duró varios días (con sus noches) así que la mayor parte del tiempo la pasábamos muy alegres en el 9-54 de la 15 calle "A": yo jugando con mis sobrinas primas y él platicando con su hermana favorita. Dormíamos y comíamos en la pensión pero nunca quiso mi padre que usáramos el baño de servicio. Dijo que no estaba en condiciones.

Han de estar y estarán que una noche me dieron ganas de hacer popó. Muy noche para irnos a la casa del callejón, mucho asco para ir allá atrás. El líquido lo pusimos en un vaso. Lo sólido en una caja de cartón. La caja de cartón envuelta en papel kraft. El paquete amarrado con cáñamo. El cáñamo terminado en ingenioso amarrado a manera de asa. Aprovechando la nocturna

EUGENIA T IMES

oscuridad de la noche oscura, mi papá vació el líquido en uno de los lavaderos de la pila. Aprovechando la luz del amanecido amanecer iluminado, mi papá depositó el paquete en algún punto estratégico del callejón. Cuenta la leyenda que la causa de la debacle en el baño principal de la Casa de Huéspedes de doña Grace se originó en una caja de cartón, posiblemente de cereal, posiblemente depositada ahí por Carolina, su hija.

La mayor de los Gallardo Aguilera y su menor hermano, cuando se quedaban sin tema, decían:

- ¿Quién habrá encontrado el regalito del callejón?

La risa abría el camino para una de sus agradables y kilométricas tertulias.

LA TOSHIBA

Dos pre adolescentes salen de Tikal (colonia) y se dirigen a Kaminal Juyú (colonia) a rescatar una grabadora Toshiba, pequeña, preciosa, que el Tío Rico de Cobán le había regalado a una de ellas (la huérfana de madre, no la del montón de hermanos). En esa grabadora las niñas producían radionovelas bajo el método de yo me invento algo y vos le agregás otra cosa y así vamos haciendo una historia hasta que no aguantemos la risa y decimos Fin. Cuando de tanto adelantar, parar y retroceder se trababa la cinta, se aplicaba el método manual de enderezar, enrollar, desenrollar y putear hasta que un día el motor dijo:

- No va más.

La Toshiba enferma fue a parar a manos de un estudiante de artes industriales que dijo que le servía de práctica reparar todo cuanto a la parentela se le ofreciera, siempre y cuando tuviera motor, y que esa grabadora tan linda, que nunca había visto una tan pequeña y que qué topados los chinos japoneses y que qué buena gente el tío de regalar algo tan fino solo para jugar y:

- No tengas pena debe ser algo sencillo y dejámela aquí en la casa y te aviso cuando esté, no tengas pena, prima.

Los días con sus noches se hicieron semanas con sus días y éstas meses que les fueron colmando la paciencia a las Martas Bolaños de Prado porque Jorge Fermín Gallardo Ménard ni reparaba la grabadora, ni decía que no podía, ni daba más explicaciones que:

- Todavía le estoy encontrado el modo.

EUGENIA T IMES

Así que al rescate de la grabadora van por la Calle de las Torres las colegialas un sábado por la tarde. Que la entregue como esté, aunque sea desarmada. Un regalo así... de un tío que fue como un padre... de un tío que ya se había suicidado y todo.

Frente al montarral con lomitas que decían que eran ruinas prehispánicas quedaba la casa. Chaletito sencillo con jardín estrecho y largo y circulado con verja. No estaba Jorge, a quien le habían desfigurado su nombre a Coco, pero pasen adelante dijo la madre que frisaba los sesenta. Nos atendió en calidad de parientas políticas: lejana, hosca, desconfiada y simulando familiaridad. Con todo y limonada con champurrada, la conversación se marchitó antes de florecer. La anfitriona forzada temblaba la patilla en un qué quieren. Me atreví a poner el asunto sobre la mesa de centro. Lo planteé en términos de:

- Por favor, Elieth (no se le decía tía), dígame a Coco que me urge la grabadora como esté y que mañana temprano venimos.

Sonrió. Algo de triunfante tenía esa sonrisa.

- Esa se la robaron.

- ¡Ay qué pena! ¿Se entraron los ladrones? ¿Qué más se llevaron?

- Solo esa su cosa.

- ¡No puede ser, qué raro!

La patilla ya no le temblaba porque se dirigía a la puerta de calle llevando la otra patilla y la sonrisa triunfante y los ojos burlones. Una criatura con expresión derrotada de qué barbaridad, la siguió. La otra, la dueña, la que tenía un compromiso de vida o muerte con el tío difunto y generoso, se ancló en el sillón.

- Pues de aquí no me voy hasta que aparezca mi grabadora, porque no le creo que se la hayan robado.

- Pues si no me cree es su problema -dijo la madre en plan de regresón con manos en las caderas en posición de tinaja embravecida.

- Venite vos, ya nada se puede hacer -terció la otra, conciliadora.

- Es que me la regaló mi tío Beto de Cobán y no la voy a perder así porque así.

- Así es la vida. Los ladrones son los ladrones. Y a ver si así quitan maña (el triunfalismo le brillaba en los ojitos afrancesados) de venir a dejar cosas para que se las arreglen de regalado.

EUGENIA T IMES

- Los ladrones son los ladrones -se desancló la ofendida para pronunciar, de pie, lo impronunciable-, pero aquí la única ladrona es usted.

Dicho esto y empujando con la lengua el cachete derecho en señal de satisfacción, se dirigió, muy digna pero adolorida por su irreparable pérdida, hacia la salida. Cruzó el umbral. La seguía la conformista. A medio trayecto iba, desde la puerta de la casa hasta la puerta de la verja por una banqueta del jardín, cuando un baño de tierra húmeda con terrones como piedras y pedazos de hojas, ramas y raíces y barro cocido le cayeron en la espalda y la cabeza. Cuando giró, aún estaba la mano protectora de su colega de radioteatro que, rauda y veloz, desvió la maceta de barro que la sexagenaria pretendía reventarle en la cabeza, pues en movimiento serpenteado y fugaz se había adelantado, recogido la maceta y apuntado a matar.

Si los ojos están abiertos miran la luz, si están cerrados las tinieblas, pero si están colocados en una persona cargada de furia, rabia e indignación que ha sido atacada por la espalda sin decir maceta va, los ojos abiertos miran rojo. Y en ese rojo que fluye como lava puede pasar cualquier cosa.

- Te iba a romper la maceta en la cabeza. Vieja loca, ¡corramos! ¡te quiso matar!

La alharaca solo terminó de agregarle a la rabia roja el rojo revolucionario de la certeza de la injusticia del ataque rastro. ¿Hubo dos microsegundos de reflexión antes de la reacción de la injuriada? Sí. Pensó en su padre. En que habían mancillado el nombre del padre al atacar a la hija y que era su deber reivindicarlo. Sacudiéndose los terrones, se le fue encima a la señora que vestía una simple bata de casa abotonada del cuello al ruedo. Quiso huir del ataque pero los pedazos de barro y la tierra suelta le hicieron batallar por sostener el equilibrio. La nena le clavó las uñas en la frente y las resbaló rasgando la piel desde los cachetes hasta la barbilla y el cuello. Siguió con la bata de donde saltaban los botones. Arrinconada contra el marco de la puerta, con la expresión descompuesta, el pelo como incipiente nido post tormenta, la sangre que empezaba a brotar del corte de bisturí de las uñas y la bata abierta estaba la sexagenaria con la fiera encima tomando aliento para el segundo zarpazo, cuando la otra intervino y logró sacar a la puma a la calle.

EUGENIA T IMES

La señora reaccionó alcanzando las llaves para asegurar la puerta de la verja. Las niñas empezaron a alejarse, pero la de la cara ensangrentada, segura dentro de su jardín, la agarró a insultos contra la que no la había arañado:

- ¿Y para qué se viene a meter esa? ¡Vergüenza le debería de dar que su mamá solo en tener un hijo tras otro se la pasa!

No se sabe si al oír esto se le enrojeció la vista, pero su lengua era un carbón encendido. Regresando a la puerta de la reja, mete el brazo cuan largo era (que era particularmente largo) y a sotto voce pero con profunda intensidad y balanceado el abanico de los dedos, le dice:

- A mi madre no me la va a tocar vieja hija de sesenta mil putas.

La de la lengua fúrica y altos conocimientos de imprecaciones era, además, atlética y agregó a la sentencia el gesto de saltarse la verja. La doña se entró a la casa trastrabillando y el campo de volar barriletes y de recoger chiribiscos para la quema del diablo llamado ruinas de Kaminal vio pasar a dos preadolescentes en histérica risa nerviosa a las que les cambió el talante cuando llegaron a la Calle de las Torres y se percataron de la gravedad del percance.

Se explicara lo que se explicara, se justificara lo que se justificara, el hecho crudo y simple es que habían agredido a una anciana madre y abuela en su propia casa y a la vista pública. Y eso no se iba a quedar así. O intervenían las autoridades, o reaccionaban los hijos (dos robustos y bien dados) o las hijas (dos pacíficas pero cuando se toca a una madre nunca se sabe). Cada motor que sonaba era, en sus conciencias, la radio patrulla donde las iban a meter del pelo. Cada voz de la calle era un grito de agárrenlas, esas son. Confesar el crimen al Padre reivindicado (tío en el caso de la de la boquita fecunda) fue el acuerdo. Afortunadamente el dulce Calixtío reaccionó con el clásico:

- ¡Ay patojas!

Su postura: veamos qué pasa y enfrentemos lo que haya que enfrentar. Su reflexión: si se tratara de otra persona iríamos ahora mismo a pedirle disculpas pero, conociéndola, se pondrían las cosas peor (en el "conociéndola" cabe una disgregación tamaño novela que incluye hasta a la Penitenciaría Central). A la hija la confortó el apoyo. La sobrina trató de poner pies en polvorosa insinuando que mejor se iba a dormir a su casa, pero

EUGENIA T IMES

una fulminante mirada de la socia la regresó a su realidad de implicada.

La noche fue un infierno. En cada carro que escuchaban podían imaginar cómo se bajaban los hijos a pedir cuentas. La inquietud de quien no está arrepentido pero que sí se arrepentiría si lo acusaran públicamente, las persiguió por semanas hasta que calcularon que habían cicatrizado los arañazos (evaporación de la evidencia). El crimen quedó impune. Impune en el sistema judicial, impune en el terreno social, impune en la red familiar. Sólo se puede especular, en el gran teatro de la concatenación universal de los fenómenos, que la Madre de Coco les quitó la Toshiba a las radioteatroaficionadas, pero les regaló la complicidad de su silencio.

EL BOMBÓN

Dispuso ir a la tienda a comprarse una su paleta de a len. Decidió regresar bien despacio para acabársela casi toda y que sus mil hermanos no le estuvieran pidiendo un chupón ni preguntándole los orígenes de su fortuna. Al fondo del callejón ya se veía la puerta celeste de su casa celeste cielo, así que para hacer más lento su lento paso dispuso caminar por la orilla de la acera a manera de grada: pie arriba, pie abajo, pie arriba, pie abajo, pie arriba, pie abajo... y apareció Él y dijo:

- ¡Hola!

Y ella se emocionó y, al querer decir: "¡Hola!" en la posición de un pie abajo cambiando para un pie arriba, se le quebró el palito de la paleta y se le deslizó la paleta con todo y cabo del palito y ambos se le alojaron en la puerta principal de la garganta donde usualmente pasaba el aire que respiraba. Él siguió de largo, conforme con el movimiento de mano con que, según él, ella respondió silenciosamente el saludo. Ya no pudo ver los otros movimientos de mano, brazos y piernas con las que ella indicaba que se estaba ahogando. Viendo lucecitas, estrellas fugaces y soles intermitentes logró llegar hasta la puerta y sonar la aldaba con sus últimas fuerzas vitales. Cuando abrieron ya miraba negro y el concierto astral se le había instalado en la cabeza. Quien abrió, vio una hermana morada que se desmayaba pero todavía preguntó si no se estaba haciendo antes de llamar a grito pelado a los papás. El papá, experto en ahogos, le metió,

EUGENIA T IMES

cual gancho, el dedo índice de la mano derecha en el rincón donde empieza la lengua y no logró sacar nada, más bien empujó palo y paleta unas micras de centímetro. La morada oscuro se puso lila pues algo de aire logró pasar por ese ínfimo canal. Dispuso la madre, experta en emergencias, acudir a los bomberos para lo cual se fueron todos corriendo a la estación de bomberos que quedaba a unas cuantas cuadras, a la vecindad de un mercado municipal.

- Adelantate al mercado y comprás un banano -le dijo la madre a una de sus muchachitas.

En esa familia los atascos en garganta se empujaban a gritos y bananos, pero esa tarde no había bananos. A la paciente la llevaban corriendo, en andas, a memeches, según como fuera logrando respirar. Casi llegando a los bomberos aparece la del encargo del banano diciendo que no lo compró porque tan carera la mujer y que encima no vendía sueltos solo en penca. A esas alturas el santo patrón de las familias numerosas ya había intervenido: la ahogada casi había recuperado su moreno color así que cuando la metieron a la ambulancia logró indicar a señas que se había tragado una paleta con algo del palito. El bombero, experto en criaturas traviesas, dijo que si era un dulce seguro ya se había deshecho bastante con la saliva. En su formulario apuntó: la conducida, de trece años, se tragó un bombón. Al hospital entró la aludida por propio pie, despeinada, con mocos y babas por todos lados, la ropa revuelta y muerta de la vergüenza. La garganta le dolía como si se hubiera tragado un clavo pero más le dolía que médico y enfermeras le preguntaran, disimulando la risa, si el bombón era de los rojos de a cinco.

EL FIAMBRE DEL CAMARÓN

Lo hacía Carlos Solórzano, marido de Chita, tía materna. No digo tío político porque nunca ejerció de tío ni para dar un regalo y eso que tenía que comprarlos casi a granel para aquel familión. Resentimientos infantiles aparte, era mi amigo en ese sistema que aún conservo de ponerle corona de amistad a quien me cuente sus historias. Carlos, mejor conocido como el Camarón (chiquito y colorado que heredó coloradez y chiquitez a mi primo Carlos el Camaroncito, y éste a su vez a su hijo Carlos Arturo...), cerraba sus anécdotas con:

- ¿Viste? ¡Es que soy audaz como la gran puta, vos!

EUGENIA T IMES

Bueno, en fin, pues sí ¿qué era lo que les iba a contar? ¡Ah ya!... y otras formas de recuperar el hilo narrativo. El Camarón hacía el fiambre. La saga comenzaba en el mercado de La Terminal, a donde acudía personalmente a escoger los ingredientes. Todo de primerísima calidad, sin regatear, para asombro y cuchicheo de quienes lo acompañaban a cargar los tanates. El capitán requería de manos libres y ojo atento para divisar lo mejor de lo mejor y escoger, magullar y discriminar como solamente quien agarra, embolsa y encanasta sin preguntar precios puede hacerlo. Al final, ¿cuánto es, miya? y ya. La misma política de cartera abierta aplicaba para carnes, embutidos, quesos... encomendados con antelación donde aseguraran calidad de primera o lo que se denominaba de exportación aunque fueran importados. ¿Enlatados? La mème chose.

Ya en la casa, la soldadesca femenina se concentraba en pellar, picar, cocer, colar, separar, juntar, bajo las órdenes precisas del carácter explosivo del Camarón ahora jovial, luego fúrico, más tarde cariñoso. Que nadie se atreviera a poner un grano de sal o cualquier condimento: ese era territorio exclusivo del alto mando. Bullosa actividad de corre corre, la ceremonia del fiambre tenía sus momentos de recogimiento cuando solo se escuchaba el tac tac tac de los cuchillos en las tablas de picar, el pito de locomotora de la olla presto, el agua del chorro y el clin clin plaf de la que lavaba y secaba la torre de trastos que producía aquel concierto culinario. Los instantes sagrados, cuando Carlos preparaba el caldillo y el amarrado mágico de condimentos en una bolsita blanca de tela, equivalían a la consagración de la hostia con su carga silenciosa de admiración y respeto por el intermediario con Dios en esta liturgia: Carlos Salberio Solórzano Solórzano, antigüeño, activo eme edenista y luego eme elenista, emprendedor exitoso pero aventurero (fábrica de helados, de muebles, producción de naranja Washington), jugador apostador empedernido, padre y abuelo generosísimo.

El destino de la mezcla final era una bañera de bebé (peltre blanco y descascarado), único recipiente capaz de dar cabida a aquel fiambre que, según su autor, o era extremadamente abundante o no era. No siempre la vida le permitió al Camarón darse esos lujos con su propio peculio, pero la familia se las ingeniaba para salvar la tanda. El emplatado y decorado final de la obra de arte, punto esencial de su saber hacer, estaba en manos

EUGENIA T IMES

del Máster Solórzano, garantizando que el tradicional Fiambre del Día de los Santos Difuntos que prácticamente es un revoltijo, no lo pareciera. Todo lo contrario, antes de que el paladar confirmara su condición de manjar de Dioses, el fiambre pasaba haciendo fiesta por los ojos y música por la nariz.

EL DIABLO

Chiribiscos colchones periódicos cuadernos libros ropa... el que hiciera el volcán más alto del callejón ganaba; a los que más se acercaran al fuego más rápido los entraban del pelo a la casa... a los que más se entraban ahogándose más los coscorroneaban y los mandaban a palanganearse en la pila... a los que más saltaban los volcanes de basura ardiendo más los cinchaseaban... a los que más les olía el pelo a chamuscado más les jalaban las orejas... a los que más se metían los cuetes en las bolsas del pantalón más les gritaban... a los que más se fumaban el cigarro de prender cuetes más los sopapeaban... éramos los pequeños diablos haciendo diabluras para quemar al diablo.

ERA UN MUNDO

Era un atol que se embarraba a unos papeles y unos papeles a los que se les pegaba un aserrín y que, ya arrugados, se volvían montañas. Eran unas piedritas blancas que eran caminos y cuencas de ríos. Era un espejo que era lago donde se sentaba un cisne más grande que él. Era un musgo que recorría las orillas y a su paso escondía las macetas. Eran unas macetas escondidas que eran bosques y selvas y naturaleza esplendorosa. Era un cielo de cartón pintado. Era una estrella de Belén con bricho. Eran unos chiles luces verdes y rojos. Era un mundo que señalaba sus fronteras con collares de manzanilla. Eran unas chichitas amarillas que aparecían por aquí y por allá. Eran unos gallitos que eran plantas. Eran unas hojas de pacaya que eran faldón de mesa. Era un rey mago en camello con un rey mago a pie y un rey mago de rodillas que se pasaban todo diciembre caminando con cuidado de no llegar. Eran unas sagradas familias de todos tamaños y formas desparramadas en aquel mundo mágico. Era un hombre barbudo y una mujer bella mirando a un pesebre vacío. Era un buey, una mula y tres ovejas que los acompañaban. Era este Misterio el protagonista principal a donde se dirigían las lu-

EUGENIA T IMES

ces. Era un pañuelo blanco bordado cubriendo el pesebre. Era paja bajo el pesebre y maderas rústicas haciendo establo teatral de tres paredes. Eran pastores con ovejas y gallos y gallinas y chompipes y vacas y zebras y gatos y pastorcitos paseando por los musgos, los caminos y los ríos. Eran ríos de papel celofán. Eran casas y casas y casas de todos los materiales posibles incrustadas en todos los lugares posibles. Era una casa o dos haciendo equilibrios en los despeñaderos. Era húmedo aserrín colorido alegrando la vida. Era un jinete mucho más grande que su caballo y un bebé más grande que sus padres y un pastor más pequeño que su oveja. Eran volcancitos de incienso en un plato y, a la par, un vaso de agua. Eran fósforos al alcance de los niños. Era un no toquen nada, no pongan carritos y no se coman las manzanillas. Y era un niño que, al nacer a las doce en punto de la noche del 24 de diciembre, se volvía Dios con resplandor reinando en el pesebre.

GRINGAS

Sobre el murito frente a Sanidad (9a. avenida y 15 calle zona 1) nos sentábamos con las Godoy, pierna cruzada, a hablar janchu janchu. Éramos gringas. Nos poníamos los calzoncillos de árbitro de mi papá (eran los short de gringas), mis fustanes de velos en la cabeza (eran nuestras tupidas cabelleras rubias y colochas) y jalábamos el ridículo (un maletín viejo de cuero negro que era nuestra valija de gringas). Cuando la gente nos miraba, más gritábamos janchu janchu para terminarla de convencer de nuestra gringuez. Para darles una idea de nuestra pulguez eran los tiempos en que la Victoria y yo cursábamos párvulos en el Capouilliez. Un día, queriéndome pasar de lista, dije:

- Y decía que yo tenía el pelo canche, las cejas canches y las pestañas canches.

La Silvia dijo:

- Entonces la Jueña no sería gringa sino que hija del sol.

Me cayó todo lo requete contra mal que caen las niñas mayores cuando uno no sabe qué contestar.

EUGENIA T IMES

EL AÑO NUEVO

A llenar el camión para celebrar el año nuevo. En una playa que no tuviera complicaciones de atravesar un estero. Al camión: mesa y sillas de comedor, muchos bancos de madera, colchones, estufa, tambo de gas, ollas y sartenes, platos plásticos, vasos ídem, pocillos de peltre, cucharas. Costal con verduras. Sacos de frijol, arroz y azúcar. Abasto de pan Victorias y papel higiénico en bolsas especiales. Tupper con huevos duros. La jarrilla del café. Bote plástico con sal. Galón de aceite. Paletas, cucharones. Tabla de picar. Un cuchillo. Colchas, almohadas, tanates con ropa. Bolsas plásticas con ginas. Niños pequeños, medianos y grandes. Papás, abuelos, tíos, primos. La muchacha. Todos atrás.

Menos los principales que se apretujaban en la cabina. A celebrar el año nuevo y el cumpleaños de Rebeca. A desvelarse, tragar arena, comprar pollos recién asesinados, quemarse el lomo y las plantas de los pies, bailar, tomar tragos unos y coca otros, manchar la ropa con coco, contar charadas y disfrutar de la vida familiar apuñuscados bajo la luna llena a la vera del buen camión de Julio.

HAYDECITA

¿ Cómo ordena la mente los recuerdos? Hoy que estoy tristeando por mi prima Haydeé, me saltan imágenes que trataré de captar en este mar de posibilidades (pero también camisa de fuerza) que es la palabra. Rebeca acaba de dar a luz; la sientan en una rueda que parece salvavidas. Mi nana se come, directo en la olla, el arroz pegado; la regañan. Haydecita me toma de la mano y me lleva al patio; me señala una estrella y dice que es mi mamá que me cuida. La Chiqui nos corta las uñas de manos y pies a la Victoria y a mí; comenta que las mías son muy duras. Mi tía Chita me sienta en un banquito a su lado; me enseña a hacer cruceta. Me coso el tejido al vestido; pone a Beto a descoser y él me dice calladito: "patojita babosa".

Los Godoy Solórzano quiebran con la pelota un vidrio en la casa de la Calle Wilson; Julio los pone en rueda, nalgas de fuera, para pasar dando un cinchazo. Yo también me coloco; el Chichi me salva diciendo: "a la Jueña no, papa, porque es huérfana". En la terraza del edificio Capri, La Came nos quita las

EUGENIA T IMES

liendres con un peine fino. La Silvia dice que también se llama Beatriz porque es Emperatriz; yo se lo creo. La Victoria me invita a quedarme a dormir y me presta el poncho de Momostenango que le regaló su papito; amanezco deforme de alergia a la lana pura... Bailamos ballet con la Marta Elena en el corredor de la casa de la segunda calle... a la Quitusi le hacen peinado nido para el casamiento de su Ina... a Luis Rodolfo y María Irene los sientan en la mesa de los chiquitos... María Inés es un remolino que camina como remolino; salió canche... la Came y Juan Ramón respuntados... Julio y Haydeé comiendo agarrados de la mano... mi papá apuntando en una libreta los nombres y fechas de nacimiento... Así va mi mente hoy que estoy tristeando por la Haydecita.

EL FIAMBRE DE LA VIAJERA

Salgo por primera vez del país. Visto modelito sin mangas verde esmeralda, línea A. Corto pero no mini. Zapatos de charol blanco, tacón grueso medianamente alto, hebilla grande forrada con el mismo material. En mano derecha bolsa pequeña, al juego. En mano izquierda necessaire amarillo. Me acompaña broche dorado en forma de rana con perlititas esmeralda haciendo de ojos, colocado a la altura de donde quedaría la solapa. Corte de pelo Napoleón. Voy a Nueva Orleans, según yo, a practicar el inglés del IGA y a trabajar de vacacionista para cubrir dicho emprendimiento. Financia mi papá a condición de que reembolse el préstamo a dos meses plazo sin intereses. Él, a su vez, queda endeudado con el Viaje Hoy y Pague Mañana (cómodas mensualidades, con intereses).

Voy, repito, según yo, a practicar mi inglés. Pero voy, según el destino, al encuentro de mi destino trágico-romántico. Pero como el destino no avisa, iba feliz y desavisada. Con visa, por cierto. Diecisiete años old. Lo del encuentro con el destino no lo revelo aquí. Advierto por si algún lector quiere bajarse del carro. Iba perfecta. Pero (¿qué sería de las historias sin un "pero", un "de repente", un "sin decir agua va", un "no obstante"?), pero era primero de noviembre. Ya en el aeropuerto (rodeada de primas que me escaneaban el look y se burlaban, a satisfacción de mi ego que sabe descubrir la envidia en la chanza) me entero que debo llevar (como equipaje de mano) un espantoso y viejo Tupperware amarillo atiborrado de fiambre. La bes-

EUGENIA T IMES

tia metida en una bolsa plástica más fea que ella. Mi ilusión de viajar a lo Marisol Rumbo a Río, empalidece. Además, una torta de panadería que mi papá diseñó mucho más desparramada que alta. Según él, para incrementar el factor costra crujiente y reducir el elemento masudo. Su primo Aníbal, dueño de panadería en la Avenida Bolívar, le satisfizo el capricho. Quedó preciosa pero inmanejable. El diseñador le construyó una base de cartón grueso y un tacuche al juego. No requería bolsa pues se sostenía bajo ingenioso sistema de cañamos amarrados. También en la mano, dispuso mi progenitor, por lo de la fragilidad:

- Llévatelo recto, hija, porque si se desnivela o se cae, se desmorona y qué pena con los Figueredo tan finos de hospedarte allá. Y cuidado con el fiambre que ya va con el jugo.

Tuve que aceptar que mi fantasía de encarnar a Rocío Dúrcal se quedaría en la patria y acomodar las encomiendas entre el bolso y el nécessaire. A punto de abordar, aparece una que dijo que era la encargada de conseguir el chocolate de Mixco. Me abren el nécessaire y meten importante cantidad de tetuntes envueltos en papel kraft. Dejo a vuestra imaginación el espectáculo de mi persona escalando agobiada las gradas del avión y luego explicando en mi inglés muy gramatical pero poco conversacional al Custom Agent en New Orleans qué era el revoltijo colorado, el gigantesco pan plano y unos bodoques con apariencia de arcilla quemada.

*

SACUDIÉNDOME LA INFANCIA

TRABAJOS

Mi primer trabajo remunerado fue sacarle espinillas de la espalda a mi tío Tomás a razón de len por unidad que luego subió a cinco. Fue en Bombay, parcelamiento Santa Isabel. Me gasté todo el capital en una revista Del Cine y sus Estrellas comprada en el Puerto de San José.

El segundo fue para las vacaciones de tercero pre vocacional en un almacén de la quinta avenida. Vendían telas, ropa mal hecha y novedades. Mi trabajo era de dependienta/vacacionista (vender, arreglar la mercadería, vigilar que no robaran) según me dijo el turco, de esos dueños que se la pasan en el almacén

EUGENIA T IMES

todo el día. Las que trabajaban de manera permanente me trataron como basura. No me explicaban, se burlaban y me ponían a sacar la basura y a limpiar el baño. Al tercer día ya no llegué. Me encontré de casualidad al turco días después en el parque Concordia. Fue amable y yo le dije: es que no me gustó estar parada todo el día. Bueno, dijo él, pero por lo menos llegue a cobrar sus dos días. No gracias, le respondí, no tengo necesidad. Pero aprendí que los maniquíes exhibiendo la ropa se colocan en lugares estratégicos donde se logra "golpe de vista", según el término empleado por mis enemigas gratuitas.

El tercero fue para las vacaciones de cuarto Perito Contador. En el Almacén Comte de la sexta avenida; vendían relojes, radios, regalos novedosos y algunos electrodomésticos. El dueño, Mauricio Comte, era amigo de mi papá. Me tocaba llevar el control de clientes que compraban a plazos. Era un tarjetero a mano. También archivar facturas y contratos. Yo estaba feliz porque tenía que ver con mi carrera (que así se decía, contrario a los de bachillerato que seguían en preparativos). Si había mucha gente, despachaba. Y ya en la locura de los días previos a navidad me pasaron a lo que más me gustó: empacar regalos; las cuentas podían esperar en una caja. Gané el salario mínimo en el comercio: cuarenta quetzales con ochenta centavos mensuales. Eso por dos, para mí una fortuna que me gasté en ropa y zapatos para ir a trabajar (y supongo que alguna me sirvió después para los repasos). Un ambiente respetuoso y muy agradable, tan agradable como los lindos ojos azules de Mauricio. Que además era medio pariente porque era Comte Ménard y mi tío Tomás estaba casado con Elieth Ménard (mucho qué contar de esa pareja y de la llegada de los franceses Ménard a Guazacapán pero estamos en otro patín).

En las vacaciones de quinto Perito mi papá me prestó dinero para el pasaje y me fui a Nueva Orleans a matar tres pájaros de un tiro: 1) practicar mi inglés del IGA 2) ganar dinero para pagar el pasaje y 3) comprarme ropa y zapatos lindos y modernos. Por supuesto accesorios, maquillaje y coqueterías. Trabajé de niñera viviendo en una casa donde cuidaba a Michael -3 años- y Debbie -5-. Además limpiaba la casa, lavaba y secaba la ropa de los niños, les servía almuerzo al regresar del kinder (sopa de lata y sándwich) y adelantaba la cena metiendo al horno un día pollo y al otro carne molida. Al tercero comían salchichas y se volvía a dar la vuelta con la misma rutina. La pareja era dueña

EUGENIA T IMES

de una imprenta. A las cinco en punto estaban de regreso. Buenas gentes. Yo dormía en el mismo cuarto con Debbie y nos hicimos amigas. El chiquitín era delicado de salud. No recuerdo cuánto me pagaban pero cubrí de sobra mis gastos. Los fines de semana me iba a una casa de chapines que tenían una especie de Bed and Breakfast para turistas paisanos. Me gustaba orientar a los visitantes por los comercios de la Calle Canal. Hasta acompañé a algunos a exámenes médicos sirviendo (no sé cómo) de traductora. Me pagaban invitándome a comer rico.

Todo esto fue antes de cumplir la mayoría de edad; me motivaba el gusto por tener mi propio dinero. Mi papá le llamaba "no depender, porque cuando a las mujeres les toca mal marido mejor no depender". Yo a medias le entendía esa preocupación que no era la mía. La mía era comprar botas pegadas hasta la rodilla en beige clarito haciendo juego con bolsa redonda y lucir mis mini faldas y mini vestidos con aquellas piernas que no eran nada feas. Feliz Primero de Mayo, día de nosotros los que nos hemos ganado los frijoles porque no nacimos con la baguette bajo el brazo ni el fondieu a los pies de la cuna.

OCTUBRE

Octubre del fin de la resmolición del colegio, de los nervios de los finales, de los antojos de Santo Domingo, de la puerta a las vacaciones a nadie parte, de los primeros chifloncitos, de a la mierda el uniforme. Octubre de inventarse aventuras que no costaran ni un len. Mi mejor travesura de octubre (que casi me cuesta la vida) fue casarme en secreto antes de graduarme. A regañadientes de mi papá. A escondidas de la familia de mi víctima y victimario. Octubre, mes de romper amarras sin saber navegar ni nadar pero con el salvavidas de este mi carácter.

FIN

EUGENIA T IMES

ÍNDICE

SECCIÓN

Número de página

Subtítulos

DIGAMOS QUE ME LLAMABA FLORIPONDIA

1

Padres

Pobrecita Huerfanita

De Casa en Casa

La Pandereta

Palabras

Cielo VIP

COBÁN Y MOLINAS

4

A Misa de Seis

Agradecimiento

Zaratustra

Sillón Papal

Morite Ya

La Chiqui

Enrique

El Telegrafista

MI PAPÁ Y LOS GALLARDO

11

La Butaca

Calixtío

Motivos para Fantasear Hijacidio

El Tomás

El Tesoro de la Isla del Coco

EUGENIA T IMES

EL BELGA

15

Expulsada
Angustia
Religión Religiosa
Paté de Fois
Apendicitis Aguda
Internado en Huehuetenango
Del contraste entre las conductas de puertas afuera y
de puertas adentro
Régimen
No Todos los Abusos son Sexuales

GERONA

31

To Emérita with Resentimiento
Doña Gudelia
La Increíble y Triste Historia de Marujameg y
su Tía Meta Desalmada
El Hígado de Res

EN EL SAGRADO

39

Artes Plásticas
Religión Laica
Contabilidad
Adivinen
El Banano
Perita Contadora

LA TAL LILLIAN

43

Ese Señor
Santa Rita
Una Consulta con la Sacerdotisa Teosófica del
Sombrero Charro

EUGENIA^TIMES

LA VICTORIA, LOS GODOY Y LOS SOLÓRZANO

48

La Caja de Corn Flakes
Baño Clausurado
La Toshiba
El Bombón
El Fianbre del Camarón
El Diablo
Era un Mundo
Gringas
El Año Nuevo
Haydecita
El Fianbre de la Viajera

SACUDIÉNDOME LA INFANCIA

61

Trabajos
Octubre

FIN

Comentarios y suscripciones eugeniatices@gmail.com
Volumen I y II y Ediciones Especiales en el
Website eugeniatices.weebly.com
Se agradece la lectura y reproducción de eugeniaTimes
Enjoy!

© Hermanas España Gallardo